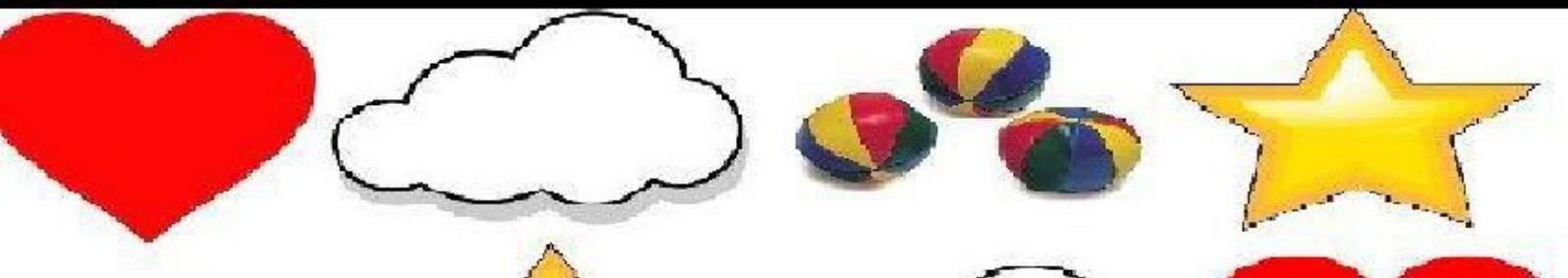


BAJO TUS ALAS

Carmen Fernández Etreros



BAJO TUS ALAS
Carmen Fernández Etreros

BAJO TUS ALAS

Primer volumen de la serie Pérdida en el aire

© Carmen Fernández Etreros, 2012

1ª Edición digital

www.carmenfernandezetreros.com

<http://carmenfernandezetreros.blogspot.com.es/>

Reservados todos los derechos de la obra, debidamente registrada. Su plagio, total o parcial, sin citar a su autor constituye un delito. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

“Es más sencillo obtener lo que se desea con una sonrisa
que con la punta de la espada”.
William Shakespeare

Primera escala
Del cielo a Madrid

Rosas amarillas

Viernes 27 de abril, a las ocho de la tarde

Me llamo Mónica. Mido 1.74 cm. Cumplo cuarenta años el seis de mayo Los ojos verdes. Enormes, según dicen algunos. El cabello pelirrojo y rizado. Desde hace tres años me tengo que teñir el por unas incómodas canas que crecen sobre mi frente todos los meses. En el nacimiento del pelo. Justamente allí. Menudas canas cabronas. Todos los meses. Como la mala hierba. Sin olvidarse ninguno de salir. Y eso que mi abuela decía que en mi familia “las mujeres no teníamos canas”. Y mi abuela salvo en ese comentario, he de reconocer que no se equivocó nunca. Lo cierto también es que mi abuela nunca se tuvo que teñir el pelo. Me encantan las botas altas de cuero. Marrones, negras, blancas, amarillas, azules... De tacón alto, con plataforma, con tachuelas, con flecos...Tengo alrededor de 20 pares. Las saco todos los días, las limpio y las coloco de nuevo en mi zapatero de IKEA muy rectitas en sus rieles metálicos. Tengo de todas las marcas Mustang, Diesel, Kling, Pedro Miralles hasta unas Gaspar Yurkievich. Con tacón recto, con plataforma, planas, con tacón de aguja... En la compañía me llamaban la “pretty woman de altos vuelos” (con bastante recochineo por cierto). Yo me hacía la sueca con esto y con otras muchas cosas. Siempre se me ha dado bien hacerme la sueca, aunque no tengo que ver con tan curioso país, pasar de todo, darme la vuelta y seguir caminando hacia delante con mi melena pelirroja mientras todos me miran las piernas de abajo a arriba. En ese momento el mundo parece que durante unos minutos se detiene (sensación explicada por un turista alemán en un mal castellano un día de verano en el pasillo de la terminal 4, la famosa T4 de Barajas, cuando chocó inevitablemente su maleta con la mía) y los afectados solo ven pasar mis piernas sin cuerpo por la T4. He de reconocer que esa noche no lo pude evitar y la pasé retozando con el turista alemán afectado en una cama King size del hotel de Nueva York después de pasarle mi número de móvil en pleno vuelo, en un papelito blanco bajo la bandeja de plástico. El alemán era un soso, pero yo soy así, creo que hay que probar las cosas para saber si me gustan o no, si vale la pena o no lanzarse a piscina. Pero la mayoría de las veces como me decía mi abuela “te estrellas Mónica, te estrellas”.

Hoy es viernes y yo debería estar en el avión. Como todos los viernes, como cada dos

viernes, mejor dicho. Pateando el pasillo del avión, dando la bienvenida a los pasajeros, soltando como una escopeta por el micrófono sin casi tomar aire: “En nombre de Compañía, el comandante Pérez y toda la tripulación, les damos la bienvenida a bordo de este vuelo con destino a Nueva York, cuya duración estimada es de 8 horas, 30 minutos. Por motivos de seguridad, y para evitar interferencias con los sistemas del avión, los dispositivos electrónicos portátiles no podrán utilizarse durante las fases de despegue y aterrizaje. Los teléfonos móviles deberán permanecer desconectados desde el cierre de puertas hasta su apertura en el aeropuerto de destino. Por favor, comprueben que su mesa está plegada, el respaldo de su asiento totalmente vertical y su cinturón de seguridad abrochado. Les recordamos que no está permitido fumar a bordo”.

Pero no, no estoy en el avión. Y hoy no voy a pronunciar esas mágicas palabras. Aunque parezca increíble no estoy en el avión. Estoy sentada en el sofá de mi casa y mi vida comienza a estrellarse sin remedio.

Porque yo debería estar haciendo la ruta Madrid-Nueva York–Philadelphia-Washington-Nueva York-Madrid. La mejor de todas. Siete días por las mejores ciudades. Un lujo para cualquier azafata de la compañía. Todo el mundo se pelea por esa ruta. Y el lunes debería pasarme todo el día buscando chollos de botas altas de marca en el Soho y por la noche cenando en un japonés, el Sushisamba Park con Alfredo. El martes también día de compras, comida con Alfredo Pérez, el comandante, en Baboo mi italiano favorito en Nueva York y toda tarde con mi comandante, liados, enrollados metiditos en la cama del hotel tomando champán cada hora.

Pero no estoy haciendo la ruta Madrid-Philadelphia-Washington-Nueva York-Madrid. No estoy en el avión como todos los viernes sino que estoy aquí en el sofá de mi casa en camisón. Tirada todo lo larga que soy en ese sofá que tanto me costó elegir porque no me llegaba a convencer la tela de cuadros. Al final lo compré aunque no estaba convencida y a los dos meses lo tuve que tapizar con otra tela floreada comprada en NY, porque en la original se le cayó a Alfredo una taza de café Voluta sin leche enterita.

Pero eso ya es otra vida, otra historia, el pasado... Ayer me despidieron de mi compañía. Un ERE de esos dijeron, y Luego añadieron “nosotros te estamos muy agradecidos por estos años que has prestado a la compañía y por todo tu trabajo e ilusión y bla, bla, bla, bla... pero la crisis económica, las circunstancias nos obligan a reestructurarnos, a reducir gastos y personal...”. No me enteré de nada. Diez minutos en los que el director de Recursos

Humanos no paró de hablar y yo no me enteré de nada. Lo único que me quedó claro es que me mandan al paro, dos años, y con una buena indemnización por los veinte años trabajados. Tuve la sensación de que encima les tenía que dar las gracias porque me estaban haciendo un favor y además que pensaban que me iban a arreglar la vida con la indemnización. Que si mi labor había sido impecable, que si las cosas han venido así, que si la crisis financiera internacional está afectando a todas las compañías, que algunos vuelos salen con menos combustible para ahorrar, que si han intentado mantenerme en mi puesto más meses pero que les ha resultado imposible, que si mi edad, mi alto sueldo, mis condiciones laborales... Vamos que era imposible.

Yo que lo había dado todo por la compañía, que vivía orgullosa de pertenecer a ella, de estar en el equipo, de estar a bordo. Pues nada ahora también me estaba estrellando con ellos, con mi compañía. Como decía mi abuela: "Mónica te estrellas".

Lo peor que la noticia de mi despido me la dio Carlos el Director de Recursos Humanos, un tipo bajito con gafas y un ridículo bigotillo que se parecía al escritor español que salía en la contraportada de un libro que había estado leyendo en el hotel de Washington un día de lluvia y con el que me enrollé una noche después de tomarnos cuatro mojitos seguidos tras la fiesta de Navidad de la compañía. Como todos sabéis las fiestas de Navidad son así, uno comienza a comer y a beber, y acaba bebiendo con los jefazos caipiriñas y mojitos y a la mañana siguiente se despierta sin poder remediarlo con el feo del director de personal con su ridículo bigotillo roncando en tu cama, la mano posada en donde acaba tu espalda y entonces no sabes si preparar un zumo de naranja y un buen desayuno con café capuccino, croissants a la plancha con mantequilla y mermelada de naranja amarga o irte a trabajar que es viernes y te puede despedir por no estar ocupando tu puesto cuando se despierte.

De repente se me hizo un nudo en la garganta y parecía que me faltaba el aire y que todo daba vueltas en la habitación. Ya no habría fiestas de Navidad, ni cocktails de empresa, ni turistas alemanes que me mirasen las piernas mientras camino por la terminal 4 mientras que parecía que se paraba el mundo, ni directores de Recursos humanos a los que tener la duda de si preparar un zumo de naranja natural mañanero...

Agarré mi cajita cuadrada de klinex naranjas con olor a lavanda silvestre, saqué cuatro y me soné estruendosamente. También me arrastré hasta el congelador y cogí un buen tanque de helado de trufa con virutas de chocolate negro belga y me dispuse a afrontar la peor tarde de viernes de mi vida viendo sin parar Pretty woman. La empezaría y la acabaría mil veces si

hacía falta, hasta el amanecer, hasta que sonase el teléfono, hasta que explotase mi tripa con tanto helado de trufa con virutas de chocolate negro belga... Estaba dispuesta a todo. Pero en el momento en que Richard Gere le intentaba pillar la mano con el estuche del collar a Julia, (uno de los momentos que más me gusta), mi móvil hizo un sonidito extraño y decidí mirar su pantalla. Cuatro alertas: 1. Facebook me recordaba que tenía 116 mensajes, mi desconsiderada compañía de teléfono móvil decidía mandar la factura de este mes (que falta de tacto: me acababa de quedar en paro...), mi hermana me mandaba un Whatsapp de 31 líneas para saber cómo estaba después de mi trágico despido (no te preocupes tía, todo tiene solución tía, mira como ando yo tía, como ya te conté tía, ves tía, todas tenemos problemas tía, sabes tía...). Dejé de leerlo a la cuarta línea porque me agobiaba. Y también tenía una petición de amistad en Facebook: Diego Fonseca.

Diego Fonseca. Diego Fonseca, ¿de qué conocía yo ese nombre y apellido? No me sonaba que fuese de la compañía, no me sonaba de los compañeros del colegio, no me sonaba de la academia de idiomas, no me sonaba de ningún rollo pasajero... No me sonaba.

Simplemente no me sonaba. Diego Fonseca no me sonaba.

Pero mi aburrimiento de este aciago viernes llegaba a tal punto que le acepté y consciente rápidamente de mi craso error y mi constante falta de meditación e imprudencia en mis últimas decisiones, entré en su perfil a buscar Información.

Lo primero era saber quién era este Diego Fonseca. Ya había tenido bastante con aquel desconocido que llenó la cabina del avión con rosas amarillas, (mis preferidas por cierto). Y con una rodilla apoyada en el suelo del pasillo me pidió matrimonio en cuatro idiomas (alemán, inglés, francés y japonés) para diversión y regocijo de mis compañeras que casi se hacen pis en la moqueta con el espectáculo. También con aquel loco paranoico, un turista alemán, que amenazó con volar la terminal 4 de Barajas ya hace unos años a voz en grito con un megáfono, al ver que después de una noche romántica de sexo descontrolado no le cogía el teléfono la mañana siguiente y que seguramente ya no me acordaba de su nombre. Uno de mis grandes defectos, debo confesar, es que a mí la resaca no me deja pensar en el futuro, en esas circunstancias que pueden ocurrir el día después, programar estas posibles incidencias, pensar posibles planes de evacuación, ponerme a tiempo el chaleco salvavidas..., y me encontré con un marrón tremendo sin saber qué decir al guapísimo sobrecargo que caminaba conmigo cuando empezó a chillar como un loco el turista alemán

que estaba siempre en la terminal 4 amenazando con volar la terminal megáfono en mano.

La gente corriendo por el vestíbulo, la policía acordonando la zona, el policía novato que le apuntaba con una pistola detrás de una columna... Menudo día...

Leí en la pantalla del móvil ajustándome mis pequeñas gafitas de cerca para la vista cansada que me había recomendado hace unos meses el médico de la compañía:

“Poeta del amor y la luz. Construyo palabras para ti”

El corazón me dio un vuelco. Otro loco, acababa de meter en mi vida a otro loco... Si es que no tenía remedio. Como decía mi abuela cuando yo era pequeña “quien no tiene cabeza tiene que tener pies”. Pies, pies, tenía que salir de allí antes de tener problemas...

Pero lo que leí como su primera entrada me dejó pegada a la pantalla:

Quisiera ser aquel que puede estar siempre contigo

Aquel que no solo quiere ser tu amigo

Aquel que a tu lado va sin tú saberlo

Aquel tonto, aquel triste, aquel soso

Aquel que tu caminar viene siguiendo

Aquel que tú nunca viste

C. Fernández

Pensé en ese chico de gafas aragonés que volvía a Madrid a ver a su novia hace unos diez años todos los viernes en el puente aéreo desde Barcelona y que me escribía secretos mensajes en las servilletas de papel. Las doblaba debajo del plato de plástico y cuando volvía por el pasillo me sonreía durante todo mi recorrido a ver si le miraba. Yo me hacía la sueca (siempre se me ha dado muy bien hacerme la sueca a pesar de mi cabellera rojiza como ya os he contado hace un rato), pero minutos antes había leído en la servilleta poemas como éste a mis compañeras en la cabina mientras que todas nos destornillábamos de risa ante tamaña cursilada friki.

Pero aquel era diferente. «Aquel que no solo quiere ser tu amigo». ¡Qué raro! ¿Quién será éste que no quiere ser solo mi amigo? – me pregunté a mí misma sorprendida con la frasecita.

Mi espíritu práctico (forjado gracias a mis viajes y experiencias por diversas ciudades americanas y europeas), me animó a buscar su foto en su perfil antes de eliminarle de mis amigos. ¿Y si era guapo, tremendamente guapo y perdía una oportunidad en mi vida? Importante: una imagen vale más que mil palabras.

La foto de su perfil era algo así como una instantánea tomada por un móvil en un día de fiesta. El pelo largo rubio dejando solo ver un ojo, unos labios carnosos y una buena barbilla y el sujeto moviéndose para todos los lados. Pero no, no se le veía bien la cara... Me metí en sus FOTOS y encontré numerosas presentaciones de libros en las que aparecía etiquetado Diego Fonseca (Diego Fonseca en la sala María Zambrano del Círculo de Bellas Artes, Diego Fonseca en una presentación de 'Amor y sudor' en la librería Tipos Infames de Madrid, Diego Fonseca viendo libros en la cuesta de Moyano...), pero solo se le veía una manga del abrigo marrón, la mata de pelo rubio y la mitad de la cara, su mano sosteniendo el libro 'Amor y sudor', la copa de vino tinto que sostenía su mano... En ese momento de investigación y sufrimiento (también la verdad me estaba picando un poco la curiosidad), sonó el timbre de la puerta y salté del sillón como un resorte. Me soné los mocos y cogí mi bata de raso rosa del sillón. Pero al mirar por la mirilla solo encontré un gran ramo de rosas amarillas. Abrí extasiada pensando que detrás estaría Alfredo y su olor a colonia de vainilla con su mejor sonrisa... Pero no mi sueño no se cumplió. Detrás estaba un muchacho con cascos y la música a todo trapo que me sonrió y me largó el ramo de flores.

Las coloqué encima de la mesa de mármol blanco del comedor y saqué la pequeña tarjeta que estaba pegada al tallo de una de las flores:

En estos duros momentos solo quiero que sepas que aunque vuelo hacia Nueva York mi corazón está contigo. Alfredo.

Poemas y flores

Sábado 28 de abril, doce menos cuarto de la mañana

Me desperté a las doce menos cuarto. El teléfono no paraba de sonar. Me había quedado dormida en el sillón tras la tercera sesión de Pretty woman abrazada a una de las rosas amarillas que me había mandado Alfredo. Para entonces me había hecho efecto la Duermebien que me había tomado a las ocho y media de la tarde.

Tengo que confesar que no me gusta nada tomar pastillas para dormir pero desde hace unos años no duermo más de cuatro o cinco horas. Por eso el médico de la compañía me había recetado las pastillas con las que la mayoría de las noches dormía como un bebé.

Mi mundo se estrellaba, pero por lo menos me quedaba él, tan guapo, tan atento, tan caballero, tan hombre de mundo... Alfredo con su olor a colonia de vainilla. Uno de los pocos hombres de este mundo con los que podía ir de compras por todo Manhattan y que disfrutaba pateando todas las tiendas más que yo y eligiendo entre unas botas Mustang de cuero desgastadas y tacón recto y unas diesel negras con tachuelas. Un hombre de los que leen Man, Esquire... Un hombre al que no le daba vergüenza echarse delante de ti sus cremas antiarrugas por la mañana con ligeros masajes circulares alrededor de los ojos. Un hombre que te pregunta pequeños consejos de belleza para teñirse las canas o qué corbata ponerse con una camisa negra y un traje crudo. Un hombre en suma: tierno, amable, divertido, elegante... Alfredo, un hombre irremplazable, único.

De repente en el silencio de la casa sonó el teléfono.

—Cari soy yo. Era para ver cómo estabas pero nada nada no me cuentes... —me preguntó una voz aterciopelada cuando cogí el teléfono.

Oh no era Erre... No había mirado el número y había descolgado el teléfono móvil de manera mecánica. En este momento de mi vida la verdad es que no me apetecía hablar con nadie.

—Bueno me acabo de levantar —contesté sin pensar.

—Nada, te llamaba porque en una hora pasamos a buscarte las chicas y yo, y nos vamos las cuatro a dar una vuelta por el 'Flash Vision' que creo que han montado lo último en vintage. Una chulada, hija. Tenemos una misión: buscar vestidos summer para esta temporada —soltó Erre como una escopeta.

—No sé es que estoy cansada, agotada —me excusé para no ir.

—Ni pero, ni peros... ¿Cansada de qué? Ya no trabajas. Vive la vida tía que son dos días... Mañana se te cae una maceta encima de la cabeza y se acaba todo —soltó un poco enfadada.

—Ya, ya de verdad. Te lo agradezco mucho pero no estoy muy animada —volví a disculparme.

—Pero bueno Mónica ahora que puedes todos los sábados tienes que venir. No vaya a ser que te salga pronto otro curro y no puedas ni oler la calle —volvió a la carga Erre.

—No sé, de verdad no sé —contesté ya indecisa.

—Decidido, nos vamos de compras... Tienes que hacer lo que no has podido en estos años, salir, entrar, vivir, comprar... Disfrutar un poco tía —me soltó con sus palabras arrolladoras.

—Bueno tengo que pensar en mi nueva situación, ver qué voy a hacer en un futuro: buscar otro trabajo, ver si hay algo en otras compañías... —volví a contestar sin entusiasmo alguno.

—Nada, nada qué rollo. Ya saldrá algo... No seas petarda... Mañana se te puede caer una maceta en la cabeza como ya te he dicho, y tus últimos días habrán sido un horror. Encerrada llorando todo el día. Se me ponen los pelos como escarpas —volvió a la carga Erre.

—Vale, vale no te pongas así. Me has convencido. Me visto... ¿A qué hora vais a venir a buscarme?

—A la una ni un minuto más ni uno menos, que ya sabes que estas se ponen de los nervios —y me colgó.

Erre era así arrolladora, nerviosa, implacable. Erre era de esas amigas de toda la vida. De esas amigas que nunca sabes cómo os hicisteis amigas. De esas amigas que en ocasiones

ahogarías. Una amiga en lo bueno y en lo malo. De esas amigas con las que te enfadas y al minuto te arreglas. Erre tenía toda la fuerza y entusiasmo que a mí me faltaba...

Crisis, crisis, maldita crisis

Sábado 28 de abril, a la una de la tarde

“Romper, disimular, intentar que no se note”. Lo había leído el otro día en el vuelo Madrid Nueva York en una revista femenina. “El camino erróneo para afrontar la crisis” anunciaba en su titular. “No hay nada peor que reducir gastos, no comprar el último modelito para esa comunión que tienes dentro de dos domingos, cambiar los niños del colegio privado privadísimo al concertado de la esquina argumentando que el profesorado no era bilingüe, organizar cenas en casa inventando que has hecho el mejor curso de cocina online e incluso has ganado dos premios uno de repostería light y otro de comida ecológica natural, enterarse para una amiga “que estaba pasando por momentos difíciles” de cuál era esa madre rubita que bordaba a mano por tres euros los logos del colegio en los jerséis granates...”.

“No, no ese no es el camino. Ese es el camino erróneo”, abría los ojos a sus lectoras la despierta periodista con sus palabras en la revista. Lo único que nos puede salvar de la crisis es el gasto no la recesión continua. “Si uno recorta, recorta de todos lados, al final cerrarán todas las tiendas y empresas y nos quedaremos todos en nuestras casas sin saber qué hacer”.

Pero sin poder evitarlo por un momento se me pasó por la cabeza, como una ráfaga, como un flash, que en mi nueva situación no podría seguir llevando el mismo ritmo de gastos que llevaba los últimos cinco años. Los pelos de mi brazo se erizaron rápidamente. Hace cinco años había dejado el tabaco, hace dos años había cambiado mi adicción al chocolate negro por los yogures desnatados con avena y muesli, hace un año el té verde por el té rojo, y ahora me di cuenta que tendría que dejar mi adicción a buscar y comprar chollos por todo el mundo. En Madrid, Nueva York, Londres, París, Lisboa, Singapur, Amsterdam... Botas, cinturones, estilo casual, estilo tribal, maquillaje nude...

Y además tendría que pensar en lo del paro. Ahora era una parada. Con todas sus letras p-a-r-a-d-a. ¡Qué palabra más fea y triste! Aunque yo suponía que la compañía me lo daría todo arreglado, (yo que lo había dado todo por ellos...). Había metido todos los papeles que me dieron esa aciaga tarde en una carpetita azul con gomas y me había olvidado. Suponía que la indemnización llegaría a mi cuenta en el banco como me mandaban la nómina...

Además me imaginaba que no tendría que ir a una de esas horribles oficinas de desempleo en las que la gente hacía cola para que les atendiesen..., que la compañía evidentemente lo habría arreglado y me lo ingresarían directamente en mi cuenta.

En ese momento me acordé por un minuto que la vecina del cuarto Amparo me lo había contado, que había estado tres horas, de pie en una cola tan larga que salía de la puerta y que no había podido llegar al casting de bailarines para aquel espectáculo para las Fiestas del 2 de mayo al que quería presentarse. También lo había visto en televisión: La gente triste, cabizbaja, mirando los papeles y las pantallas de los móviles parada en una larga cola para entregar papeles, pedir otro empleo. Más del 20% de la población parada, más de cinco millones de parados. ¡Qué desastre!

Y por un momento me pregunté qué nos había pasado durante estos años que yo había estado volando feliz en mi ruta para la compañía como una azafata ejemplar. ¿Qué me había perdido? Porque yo era de esas que no veía nunca las noticias ni aquí ni en Nueva York, ni en Londres, ni en Roma... Hubo un tiempo que según llegaba agotada al hotel de turno las ponía para hacer el oído con el inglés pero me cansé de tantos canales de noticias, de tantos problemas, de tanto sufrimiento. Y de un día para otro dejé de ver las noticias y si me ponía alguna cosa eran películas en algún canal temático o en el reproductor de DVD de casa. Y sí, había escuchado a los pasajeros hablar de crisis en todos los idiomas que podía comprender (inglés, francés, alemán, español y un poco de japonés), pero nunca me preocupé. Pensé que esto ya pasaría como otras crisis, que ya lo arreglarían los políticos.

De repente la pantalla del móvil se iluminó: Nuevo comentario de Diego Fonseca: Nueva entrada en su perfil Facebook.

Y allí sin pensarlo de nuevo me metí aunque fuese para olvidar esa triste idea de la cola esa del paro larga e inacabable que me había rondado la cabeza hace unos instantes y que seguro que me iba a quitar el sueño una noche de cada dos.

Hermosa,
como unos ojos heridos,
Fría como el mar Atlántico,
Inocente como el aire de la mañana,
Pasajera como el vuelo nocturno de un pájaro,

Así eres tú cada mañana

R. García

Por un momento pensé que lo había escrito para mí pero al leer R. García me di cuenta de mi error. No tengo mucha idea de literatura, nunca me ha gustado, pero estaba convencida de que era uno de esos escritores raritos que leía la vecina todo el día, y del que había visto pegada una frase con un imán en la nevera de mi hermana. Como Pablo Neruda, Bertolt Brecht, Luis Cernuda y Mario Benedetti.

Pero, ¿y si iba dirigido a mí? Ayer le agregué como amigo y hoy escribe un poema dedicado a la belleza... Blanco y en botella. Este chico me dedicaba un poema. Hay chicos que son así de románticos. Por lo menos cuando yo estudiaba tenía un compañero que me mandaba papelitos con poemas dentro de los libros de texto, de los cuadernos de cuadritos.

Bebí un sorbo de mi taza de livanto, armonioso, humeante, como a mí me gustaba tomarlo las mañanas del fin de semana que estaba en Madrid, como me solía preparar Alfredo en la pequeña cocina americana del hotel de Nueva York ataviado con su elegante y planchado pijama de rayas azul celeste después de la primera noche en la ciudad americana.

Volví a leer el poema en la pantalla:

Hermosa,

como unos ojos heridos,

Fría como el mar Atlántico,

Inocente como el aire de la mañana,

Pasajera como el vuelo nocturno de un pájaro,

Así eres tú cada mañana

Hermoso la verdad. Un poco cursi también la verdad, pero hermoso. Como los que ponían todos los meses como contraportada en la revista Aire de mujer y yo me leía cuando los pasajeros estaban embarcando. Unas frases que me animaban ya toda la mañana antes de subir al avión: “Si no sueñas, nunca encontrarás lo que hay más allá de tus sueños” o “Es mejor viajar lleno de esperanza que llegar “(Proverbio japonés). Frases motivadoras, entusiastas, que me hacían afrontar el día de trabajo con alegría.

Pero al fijarme de repente en la pantalla me di cuenta de que ya tenía 5 “Me gustan” en ese poema. Y 3 mujeres, que por cierto no conocía de nada, dejaban sus comentarios:

-
-
-

Patricia: Eres mi poeta. Sol. Luz. Lucero.

Marga: Me cuesta asimilar tanta belleza XD

Renata: El alma al aire con tus palabras.

¡Dios mío! ¡Estaba perpleja! Pero no entendían que el poema iba dirigido a mí. Pobrecillas, a ver ahora como el poeta lo arreglaba sin hacerles daño. No las conocía de nada pero me daban pena.

Yo siempre he sido muy sensible. Como decía mi abuela “la abogada de las causas perdidas”. No soportaba a la gente que se divierte haciendo daño a los demás de forma gratuita. Los que se ensañan con los animales indefensos, las mujeres maltratadas, los niños enfermos, las focas, los toros... Y ahora también los que confunden con sus mensajes ambiguos a las indefensas mujeres en su perfil Facebook...

Pero desde hace unos años sabía que había cambiado. Ya no era la misma Mónica ingenua que se ponía a llorar en el patio del colegio si encontraba una hormiga muerta. Alfredo me había convertido en una mujer segura, inteligente, deseada, trabajadora intachable... Y ya no me ocupaba de todas esas personas con problemas a las que dedicaba hace unos años mi tiempo y mi entusiasmo. Ya no soñaba con salvar el mundo, con que ningún niño pasase hambre y tuviese asistencia médica... Esa Mónica poco práctica y soñadora había desaparecido, se había esfumado y había dado paso a una nueva Mónica que caminaba segura por la T4, que buscaba chollos en el Soho y que vivía para hacer feliz al mejor hombre del mundo.

De repente me fijé en la cifra de amigos de David Fonseca: 3551. ¡Dios mío! ¿Quién puede tener tantos amigos? Si yo entre los amigos del colegio, la academia de idiomas, la compañía, los rollos de una noche, los de quince días, Alfredo (al que no tenía por supuesto en FB para no despertar sospechas en la compañía), las chicas... no llegaba ni a 100. Ya me parecía difícil mantener el contacto con 100 personas como para tenerlo con 3.551.

Y horror teníamos dos amigos en común: Adelina Cuesta, una de mis compañeras del colegio, bueno compañera si se puede decir algo así porque era un rata envidiosa y

asquerosa que jamás había aprendido a utilizar el rimmel y se dejaba unos terribles pegotones en las pestañas y que me había intentado levantar el novio en bachillerato cuando me di la vuelta, y mi pobre vecina en paro Amparo una andaluza friki aspirante a bailarina en Madrid que de vez en cuando se pasaba a tomar uno de mis cafés y si me descuidaba se quedaba a pasar la tarde enterita en mi sofá viendo películas de amor... Estaba muy sola la chica y la verdad a mí me hacía gracia.

Y ese momento algo me nubló el entendimiento porque mi dedo se dirigió a la pantalla táctil de mi móvil último modelo que me había dado mi compañía (y que posiblemente tendría que devolver en algún momento) y sin que yo pudiese controlar mis movimientos pulsé: Me gusta.

Pitidos y compras

Sábado 28 de abril, una de la tarde

Las chicas estaban abajo. Desde el chevrolet descapotable rojo de Marta pitaban sin descanso delante de la finca. A todo trapo sonaba Leiva desde la radio del coche:

—Eme baja por favor chillaron las chicas al unísono. ¡Petarda que nos van a cerrar las tiendas!!

Eme soy yo, Rosa la rubita pizpireta cuyo cuerpo tendía a coger kilos por su adicción a los croissants de mantequilla en todas sus variedades es Erre, Paula la morena arrogante que parece que perdona a los viandantes cuando camina es Pe y Ele es Laura adicta al running, a Alejandro Sanz (mataría por él fijo si tuviese la oportunidad) y empeñada en lucir piel color de bronce todo el año a base de diversos tratamientos farmacológicos y exposición a rayos variados.

Pero yo estaba ocupada para responderlas. En ese momento me estaba decidiendo entre un top crema drapeado y un top blanco a jirones que había encontrado en Mango (mi abuela diría que parecía una tela rota) y que estaban colgados en ambas perchas en mi armario. Pensaba y pensaba que quedaría genial con una estupenda falda crema de hilo con un ribete de encaje ídem y unas botas marrones con plataforma de cuero marrón desgastado. Sin medias que estábamos casi en mayo por Dios... (¿Hay algo más inútil por Dios que llevar medias de verano cuando por fin puedes prescindir de algo tan incómodo como unas medias y no sufrir el calor que dan?)

Encima estaba pensando ponerme una estupenda cazadora crema de cuero marrón que encontré en el Soho por dos duros y medio, como diría mi abuela. Y hala a romper con las chicas al centro comercial...

—“Eme te espero fuera” —chillaron las tres desde el descapotable tarareando la canción de Leiva.

De nuevo los pitidos y las voces desafinadas de las chicas: Eme te espero fuera, Eme te espero fuera.

—Pero tía que no vamos de boda... Baja ya...—volvieron a chillar desesperadas.

Ya, ya pero a mí eso de vestirme rápido y estar perfecta no se me ha dado nunca nada bien. Necesito mi tiempo. “Para estar bella, hay que sufrir”, como decía mi abuela. Necesito horas para leer y comparar tendencias en diversas revistas femeninas, patear tiendas, tocar tejidos y prendas, leer webs y blogs de belleza para lograr un maquillaje natural... Y luego todo eso lo tengo que interiorizar para que tras las inevitables horitas que suponen exfoliación facial y eliminación de impurezas y puntos negros, manicura francesa, depilación de ingles con cera fría, baño de espuma con sales y mascarilla relajante y demás pasos. Todo para lograr salir como una diosa por la puerta de mi casa. “Para estar bella hay que sufrir”, volví a repetirme.

—Baja ya petarda —se estaban poniendo cada vez más nerviosas.

Erre se estaba poniendo nerviosita. Tendría que bajar ya o se pondría de morros ya para todo el día y me daría la mañana con sus reproches sin fin.

En el espejo de pie de madera de caoba estilo barroco miré el resultado. Estupendo.

Hermosa como el poema. Bella como diría mi abuela. Unas gotas de Flower Tag de Kenzo y hala a “iluminar la primavera” como me decía Alfredo antes de salir de la habitación del hotel de Nueva York (después de darme un cachete en el culo que me ponía de los nervios).

—Pi, pi, pi. Eme quieres bajar de una vez —ya no aguantaban un minuto más. Podían hacer alguna locura. No me podía demorar más tiempo.

Agobiada comencé a caminar hacia la puerta de la casa, no sin antes buscar tres veces las llaves en mi bolso atestado de pequeños objetos (un pintalabios, una pinza de madera, un bometro, un monedero amarillo...). Pero de repente volví sobre mis pasos y como si hubiese tenido una premonición fatal, cogí el móvil olvidado encima de la mesa. En la alerta un mensaje: Nuevo comentario perfil Facebook.

Recordar tu mundo me distrae del mío

Quédate en el tuyo

Viaja en tu universo

Vuela en tu avión seguro

No me distraigas
Que solo me pierdo
Amadeo Morales

20 Me gustan en menos de cinco minutos decoraban el muro del tal Diego Fonseca.

Restos

Sábado 28 de abril, dos de la tarde

Por primera vez en mis casi cuarenta años me estaba aburriendo de compras. Llevábamos solo quince minutos buscando vestidos summer para día y noche en el centro comercial. Vestidos summer diferentes para el próximo verano, que dijeran algo, que nos gustaran, nos emocionaran desde el escaparate o las perchas de las tiendas y nos dijeran cómprame. Vestidos summer para lucir en la terraza del apartamento, en el cruce que seguro haría con Alfredo en otoño, en la fiesta de inauguración del verano de la compañía si me invitaban...

Desde hace unos años nuestras cacerías de shopping eran temáticas: un día botas, otros vaqueros elásticos, otro trikinis... Y hoy tocaba misión vestido summer. No solo era elegir el vestido sino los accesorios que lo acompañarían en su nueva vida exterior: maquillaje, calzado, bolso, pulseras, colgantes, foulard si era necesario...

La experta en esta ocasión era Erre. "Busquemos estampados florales, platas y oros. Tribal también se lleva mucho", nos dijo a todas muy seria y confidente. Y así con esas consignas entramos a saco las cuatro en las tiendas y probadores: Andrew Gn, Moschino, Mango, Nina Ricci... Todo lo pateamos, lo tocamos, lo probamos. Todo hasta sentarnos desfondadas en una terraza del centro comercial dos horas más tarde. Solo Erre había logrado comprar algo en toda la mañana: un vestido de tirantes a rayas de Gerald Darel y unas sandalias planas de Tod's las dos cosas por menos de 600 euros.

—Un chollo chicas—repetía sin parar sin poderse controlar.

En ese momento me vino a la mente mi vecina, Amparo, a la que vi todo el verano pasado con las mismas sandalias blancas. Y por un momento pensé: ¿Es que esta chica no tiene más zapatos de verano? No sé unas bailarinas, unas chanclas, unas botas... Daba igual que viniera a tomar café por la mañana o por la tarde (y que aprovechará de paso a meterse un ratito en mi jacuzzi exterior y a tomar el sol en una de mis magníficas tumbonas de rafia traídas desde NY en la bodega del avión gracias a Alfredo). Siempre con las mismas sandalias blancas. Planas, abrochadas en el lateral, sencillas...

Un día llegó Alfredo de improviso y se la encontró en bikini leyendo un libro en el jacuzzi cantando a todo trapo con los cascos puestos a lo Julia Roberts...Asustado me preguntó quién era esa chica tan original que estaba cantando a voz en grito (para mí que también le echó un ojo a su diminuto bikini, que Alfredo es de esos siempre tiene la mirada oblicua como dice Erre, y mi vecina es rarita y no se cuida lo más mínimo pero no está nada mal...).

Y de repente me di cuenta: El poeta raro era un amigo suyo en FB y esa era la conexión entre ambos, Amparo. Claro, ¿cómo no había caído antes? Ninguna de mis amigas leía más que el prospecto de la Duermebien o el horóscopo en la revista Aire de mujer. Incluso podría asegurar que yo era la única que leía la frase del mes de la revista y lo llevaba en secreto para que no se rieran... Pero Amparo iba y venía de un lado a otro con libros, revistas, más libros, más revistas, un libro electrónico o, un reader de esos, más libros, más revistas. Del jacuzzi a la tumbona, de la cocina al salón en invierno, de su casa a la mía.

Y lo peor es que se los dejaba en todas partes. Hasta un día la portera se encontró uno metido en la papelera, lo limpió de chicles y restos de un helado de chocolate que había tirado encima el difícil niño de la del quinto (pobrecillo viene de una familia totalmente desestructurada decía la portera cada dos por tres) y con mucho cuidado se lo subió a Amparo a su piso. Luego me contó la portera que le dijo que lo había tirado aposta y que gracias pero no lo quería: "Era una mierda y lo tiré a la papelera. El sitio de donde no debería haber salido nunca. La mierda con la mierda. Hay gente que antes de escribir debería pegarse un tiro". Y le cerró la puerta sin mediar una palabra más... Allí se quedó la portera de pie y estupefacta con la escoba apoyada en la pared y pensando que tenían una nueva loca en el edificio.

La portera muy asustada y con la escoba ahora apoyada en la pared del rellano, me dijo que no le gustaba tener gente rara en el edificio, que vivíamos en la calle Serrano y no nos podía permitir los escándalos. Que ya hace años se le fue la cabeza a la solterona del quinto y se escondía detrás de la puerta del portal y decía a los vecinos shhh, shhh, nos siguen, tened cuidado. Menuda pesadilla. Al final tuvimos que llamar a la policía porque atacó al cartero con un palo porque pensaba que era un alienígena que quería atacarla y poseer su cuerpo... Pero con Amparo, aunque estaba alquilada, hacían la vista gorda porque el presidente la defendía a capa y espada, y me susurró muy bajo. "Ya ves es la hija de un famoso pintor (y al decir eso hizo un gesto juntando los dedos gordo e índice para explicar que tenían mucho dinero)... Pero nada otra familia desestructurada, crecen como setas: el padre pintando en

Londres, la madre perdida en unas misiones por la India o algo así con una ONG de esas raras... Ni hermanos tiene la pobre. Pero un pastón en la cuenta seguro que tienen que me lo ha dicho la del cuarto que no calla ni debajo del agua...”.

En ese momento se dio cuenta de que había metido la pata y cogió de nuevo la escoba estática último modelo comprada en el Soho que estaba apoyada en la pared del rellano, detalle que por cierto yo le había regalado por regarme las plantas en Semana Santa mientras que yo estaba con Alfredo pateando Nueva York y con un breve y casi inaudible “adiós, buenas tardes” salió corriendo a terminar sus tareas.

Rara, rara sí era pensaba yo mientras mis amigas vacilaban a un pobre camarero bastante guapo al que Erre seguro se llevaría a la cama esta noche si la mañana seguía con ese rumbo distendido a juzgar por el coqueteo de mi amiga y las risas del camarero. No se parecía la verdad Amparo a ninguna de mis amigas. Era no sé, diferente. Otro mundo. En ese momento me fijé en Erre que le estaba guiñando el ojo al guapo y joven camarero. Erre era de esas cuarentonas que presumen de su soltería e independencia a todas horas, de que les gusta estar solas y disfrutar de su libertad. Pero que en verdad no saben dormir una noche de sábado si no tienen a alguien en su cama antes de las doce que le pueda preparar un buen desayuno antes de desaparecer a la mañana siguiente.

A veces me preguntaba cómo tenía esas amigas. Mi abuela siempre decía que cada uno tiene los amigos que se merece, y yo desde hace unos meses estaba preocupada porque desde hace un tiempo yo estaba casi más a gusto con Amparo tomando café que con mis amigas. Tenía que confesar que aunque era una persona rarita, también era agradable, de las que escuchan. De hecho a la primera que le había contado mi situación hace una semana cuando comenzaron los rumores del ERE. La única a la que me había atrevido a abrir mi corazón y le había contado cómo me habían despedido de una manera tan cruel después de dar veinte años de mi vida a la compañía. Pero era una vecina no una amiga... No tenía que confundirme.

Ese día nos habíamos sentado en mi cocina que se había convertido en nuestra base de operaciones y entonces se puso muy seria y me dijo que tenía que negociar con la compañía, que tenía que buscar un abogado, intentar sacar todo el provecho que pudiera, que no se lo pusiese fácil, que fuera las cosas estaban muy mal, que no había trabajo y menos para una azafata cuarentona como yo y empezó a soltar todo tipo de términos

económicos que yo no entendía. La escuché, se lo agradecí y cuando se levantaba me dijo muy seria: “No te preocupes reina, donde se cierra una puerta se abre una ventana. Lo sé por experiencia”.

Luego cuando se marchó, dejando esa estela de orgullo que dejan las estrellas cuando cierran una puerta, me di cuenta de que esa era también una frase que usaba mi abuela en los momentos críticos y delicados.

Andaba sumida en estos recuerdos y pensamientos cuando llegó Pe, muy contenta con una bolsita muy pequeña de papel brillante con asas en una de sus manos. Mirad, mirad. De un envoltorio de papel sacó una funda de gafas y de ella sacó unas estupendas gafas de sol de Michael Kors.

—¡Dios mío! Gritó Ele, ¿Cuánto? ¿Cuánto te han costado tía? No me lo digas, no me lo digas —preguntó emocionada Ele.

—150 —dijo segura Erre.

—Frío, frío —soltó Pe.

—130 —dijo Ele.

—Frío, frío—soltó Pe.

—Menos de 100 —dije yo metiéndome en el lío.

Y ella asintió sonriendo muy orgullosa de su gran chollo encontrado.

—Menudo chollo tía —dijo emocionada Erre.

Y en ese momento Pe se puso a llorar estruendosamente. Todas nos pusimos a su alrededor a consolarla mientras ella decía entre hipidos hablando de su marido como siempre: “Y luego dice que soy una gastona, que tengo un agujero en la mano, que dilapido... Crisis, crisis, qué asco de crisis”.

Tras tomarnos los woks tribales al estilo hindú que nos propuso el guapo camarero,

decidimos pedir unas caipiriñas.

—¡De pérdidas al río chicas! —gritó Ele mientras bebía un buen sorbo de la bebida con su pajita multicolor.

—Para lo que nos queda en el convento nos cagamos dentro —soltó la bruta de Erre.

Todas estallamos en risas y alrededor se oía el murmullo de las personas escandalizadas de las otras mesas que habían oído las palabras de Erre.

Pe nos había contado su tragedia hace unos meses: ella llevaba dos años en paro porque la empresa en que trabajaba como directora de Contabilidad se había fusionado con otra extranjera que ahora tenía el 63% de la empresa y claro mantener a dos directoras de contabilidad no tenía mucho sentido... “Todos los puestos estaban duplicados, y echaron a los de mi empresa por supuesto. No a los de la otra que no hablaban más que holandés”, nos contó entre lágrimas e hipidos.

Y su marido desde entonces no paraba de repetir en el desayuno y la cena familiar que había que controlar los gastos, que estábamos en una época de crisis, que qué era eso de gastarse en un bolso 300 euros cada temporada, que su madre toda la vida llevaba dos bolsos: el de verano y el de invierno. Dos bolsos era lo lógico de toda la vida. Que los españoles de a pie nos habíamos creído los últimos años que éramos ricos y que un bolso que costaba más que el comedor escolar de tres niños no era un bolso, era un lujo. Y luego empezó a arremeter con cambios en nuestra economía familiar: despedir a la interna y coger a una por horas tres días a la semana, limitar mis visitas diarias a la peluquería a dos semanales, limitar las apuestas de nuestra primitiva, bonoloto, euromillones, el gordo de la primitiva...

Y un terrible día, nos contaba entre sollozos, empezó a decir que el colegio privado bilingüe a 600 euros sin comedor por niño estaba muy lejos, que los niños tendrían que ir a un concertado cerca de casa para que pudiesen venir a comer y que no tuviesen que ir en ruta, que el comedor escolar de tres niños era carísimo, que él toda su vida había ido a comer a casa y más ahora que yo no hacía nada y podía darles de comer todos los días... “En ese punto me planté, —nos contó en hipidos—, con lo contentos que están con sus amigos y además es el colegio donde les llevan Marita y Piluca, las dos compañeras de la oficina, y si les sacaba no las podría ver todos los días. Le dije que por encima de mi cadáver, que me

negaba en redondo.

Pero ya veis todo puede ir a peor, —prosiguió—, ahora le ha pillado el ERE de su compañía y hay rumores de que en menos de tres meses reestructuran la plantilla, y se ha ido él mismo esta semana con los papeles para pedir la plaza en el concertado... Una hora de cola, cuarenta impresos y fotocopias y no nos lo aseguran porque no tenemos puntos... ¡Mierda de crisis! ¡Mierda de crisis!”, nos contaba esta mañana mientras le daba otro sorbo a la caipiriña con la pajita multicolor. Y dice que de segunda opción ha puesto un público bilingüe, público y bilingüe, algo imposible.

En ese momento me volvió a saltar la alerta en el móvil: el tal Diego Fonseca había colgado otro mensaje en su muro bastante largo:

“Te quiero y te odio al mismo tiempo. Lo tengo que confesar aquí y ahora. Lo pienso todos los días cuando me levanto y cuando me acuesto. Cuando me lavo los dientes por la mañana y por la noche. Cuando estoy desayunando, cuando estoy comiendo y cuando estoy durmiendo. Cuando ando despierto de madrugada y atento espero tu llamada. Cuando me preparo un café por la mañana y en ti pienso una vez más contemplando tu silla vacía. Por las mañanas toco el aire para ver si te encuentro al despertar. Te quiero y cada vez que te quiero más te odio. Y no sé porqué pero no puedo parar este raro sentimiento. Mezcla de ansia, duda, cielo y ciento. Y tengo que confesarte que me gustaría dejar de odiarte pero no puedo. Y cada día contra este sin vivir me rebelo, me enfado y tiemblo. Porque cada día que pasa te quiero y te odio un poco más. Y así te confieso que no puedo vivir tranquilo. No me dejes, no me quieras, no me odies y no me olvides jamás”.

Alejandra S.

¡Por Dios! Ahora habíamos pasado del amor al odio. En unas horas... Pero ¡qué chico más extraño...! Pero que bonitas eran estas frases que escribía, tan extrañas, tan hermosas... Y como no podía soportar ya más los lloros de Pe que continuaba con su cantinela ¡Mierda de crisis! ¡Mierda de crisis! ¡Colegio bilingüe público!, y me di cuenta de que su increíble tragedia financiera familiar había eclipsado con creces el día más desgraciado de mi vida y que mis amigas pasaban totalmente de mí: toqué en la pantalla táctil y sin poder evitarlo puse Me gusta.

Aunque la verdad pensé que debería existir en Facebook un botón que pusiera No me gusta porque esta frase me gustaba y no me gustaba al mismo tiempo.

Silencio

Domingo 28 de abril, doce de la mañana

Los domingos en Madrid siempre han sido mi paraíso particular. Las calles vacías, sin gente, sin coches que piten, sin transeúntes, sin ambulancias, sin ruidos. Como una de esas películas futuristas en las que el protagonista se despierta y sale al balcón en pijama y somnoliento se da cuenta de que el tiempo se ha detenido y que debe ser el fin del mundo.

Calles que continúan silenciosas a las 12 de la mañana cuando me suelo levantar los domingos que no estoy en Nueva York y en los que suelo estar cansada después de haber tenido una tarde-noche de sábado con las chicas. Un día tranquilo, sin prisas, en el que podía estar una hora tomando mi livanto humeante sin que nadie me molestase, ojeando mis revistas para chicas, buscando novedades en la teletienda, leyendo ese libro de ese japonés triste y raro que me había recomendado Amparo. Tokio Blues, se llama creo. En camisión de verano y zapatillas. Todo el día en camisión de verano y zapatillas.

Uno de esos lujos que nos podemos permitir las solteras, sin niños que salten encima de tu cama, sin perros que te tiren del forro polar para que les saques a la calle, sin hermanas que te llamen para ir a comer a mediodía un cocido madrileño en pleno mayo... Paz, paz, silencio y paz. Un domingo en el que la ciudad permanece silenciosa.

Lo único que me fastidiaba es que seguro que en menos de dos horas me llamaba Erre para contarme lo del camarero... Menudo placaje le hizo ayer al chico. "¿A qué hora sales? ¿A las ocho? Pues a menos cinco estoy aquí en la puerta y nos vamos a dar una vuelta". Y así vuelta a vuelta comenzamos a recorrer todos los garitos de cuarentones de la ciudad ya sin Pe que resignada había tenido que regresar a su hogar con cuatro margaritas y dos caipiriñas entre pecho y espalda.

Resignada decidí esperar la llamada y mientras leer el libro del japonés rarito no me fuese a preguntar la vecina, pero a las dos páginas del japonés decidí mirar el contestador automático: ni un mensaje de Alfredo. Tampoco en el móvil, ni el Whatsapp, ni en el correo electrónico...

Nada, no había nada. Nadie se había acordado de mí este sábado que en vez de estar en

Nueva York estaba en Madrid, que en vez de estar trabajando en la compañía tendría que decidir ir esta semana a apuntarme a las listas del paro, en que había estado con mis amigas y no había comprado ni un triste cinturón... Un sábado triste, muy triste.

—Bueno no pasa nada —me consolé a mí misma.

Y empecé a justificar a Alfredo: se le habrá complicado todo a última hora y no habrá podido llamarme... Seguro que habría tenido el vuelo retrasos y al final se le hizo muy tarde para llamarme. Además Alfredo era así: despistado. No tenía cabeza para acordarse. Yo tenía que estar encima, recordarle si era el cumpleaños del sobrecargo, el nombre del recepcionista del hotel... Seguro que me llamaría por la tarde o cuando se despertase.

Seguro que estaba ahora mismo agobiado pensando que no me había llamado.

Pensé en Alfredo durmiendo espatarrado con los brazos en cruz en esa estupenda cama Kingsize del hotel de Manhattan después de haber pasado una tarde triste y solitaria sin mi compañía. Recorriendo las calles solitario sin saber qué hacer. Pobrecillo, —pensé. Y al minuto me vino a la cabeza la cara de mi hermana contrayendo el labio superior con ese gesto de asquito que tan bien la salía y soltando como una sentencia que se clavaba en mi memoria: “Alfredo, ese craso error”.

Y es que gracias a mi relación con Alfredo “ese craso error” para mi hermana había cometido uno de esos fallos que no se puede permitir una soltera con principios: liarse con un hombre casado. Bueno, bueno un hombre que está en trámites de separación. “¿Tres años?” y en ese momento mi hermana soltaba una de esas carcajadas irónicas difíciles de olvidar incluso cuando los restos de caipiriña del día anterior te están taladrando la cabeza sin remedio. “Ya me conozco yo ese cuento chino”, soltaba después como segunda sentencia.

Bueno en cierto modo tenía que reconocer que mi hermana tenía razón y que además por desgracia no solía equivocarse. Mi hermana Catalina divorciada, con la custodia compartida de dos niños adolescentes que no le daban más que disgustos, cansada y agotada entre el trabajo y los problemas constantes, con la firme decisión de que ningún hombre volviese a arruinar su vida los años que sobreviviese” —palabras textuales— después de haber convivido con un “demente”.

Tres años era demasiado tiempo para estar en trámites de separación..., decía mi hermana.

Uno era posible, dos también, pero tres años... Un cuento chino, —había sentenciado mi hermana con su mueca de desagrado marcando su labio superior.

Pero yo no quería presionarle, estaba el niño que no había cumplido los seis años, su responsabilidad a la compañía, su mujer adicta a las pastillas de dormir, al ibuprofeno de 600 y a los masajes con chocolate negro... Esa mujer que como decía con tristeza Alfredo “se había ocupado siempre de todo, que había renunciado a su carrera, a su futuro para que él triunfase, para que fuese piloto, para que recorriese el mundo y ahora él la había fallado, la había engañado y nada menos con una azafata, con una compañera de trabajo con diez años menos que él...”.

Supongo que a otro le habría largado la primera semana. Sin miramiento alguno. Pero a Alfredo no. Primero por su gran parecido con Richard. Sí, sí con Richard Gere. Moreno, alto, mirada de cordero degollado, elegante. Segundo porque siempre le había admirado, desde el momento en que le conocí, desde el día que le vi atravesar la terminal cargado con su maleta, con su gorra, su elegancia, sus botones dorados, sus andares de piloto.

Y tercero y lo más importante porque Alfredo era un caballero y me trataba como una reina, como a una diosa. Y eso era muy difícil conseguir con alguien de mi generación, con uno de esos mal peinados que están pegados a los móviles y las tablets todo el día y que no despegan la mirada de los aparatos electrónicos aunque pase un bellezón como yo delante de sus narices. Desde el minuto 1 en el que nos subíamos juntos al vuelo Madrid-Nueva York todo eran atenciones. ¿Qué tal vas cariño? No te agotes cariño. No cojas frío cariño... Si ves que estás muy cansada se lo decimos a alguna de tus compañeras para que te sustituya...

Así tres años, en todos los vuelos, haciéndome sentir como una reina, como una diosa.

Pero ahora todo había cambiado, me di cuenta de repente. Ahora no haríamos juntos el trayecto Madrid-Nueva York-Philadelphia-Washington-Nueva York-Madrid en el que nos conocimos y nos enamoramos. El trayecto en el que él salió a saludar a los pasajeros y se me quedó mirando desde el otro lado del pasillo como si viese un espejismo. En el trayecto en el que se acercó a mí y me pidió ante la mirada atónica de mis compañeras apoyadas en la pared si quería cenar con él esa noche.

¡Qué recuerdos! Nuestro primer vuelo, nuestra primera noche. Nunca podría olvidar nuestra primera cena juntos: el restaurante solo para nosotros en la última planta de un gran rascacielos neoyorkino y yo con mi vestido negro de encaje de Versace que saqué de la

maleta arrugado y tuve que avisar al servicio de habitaciones para que me lo planchase mientras él me esperaba desesperado en el hall pensando que no iba a bajar nunca.

Pero nada, todo había acabado. De repente, sin remedio. Ahora yo tenía que adaptarme a mi nuevo destino y la semana que él estuviese en Nueva York tendría que permanecer en Madrid si no me llevaba como turista pasajera lo que como me dijo “podría levantar muchas sospechas en la compañía”. O a lo peor me contrataría como azafata una compañía de low cost y tendría que hacer esa semana alterna el trayecto Madrid— Bombay—Madrid y medio planeta nos separaría sin remedio... 13 horas y cinco minutos con escala en Heathrow. Él en Washington, yo en Bombay. Menudo plan.

Mumbai o Bombay ese perdido lugar lleno de gente en el que como mucho podría encontrar unas sandalias o unos pendientes de plata... y me tendría que pasar varios días encerrada en el hotel.

Madre mía, mejor no pensar en tamaño desastre. Por un momento comencé a ponerme nerviosa y me empezó a dar esa angustia que se me pone en la garganta y creo que me empiezo a ahogar sin remedio. Entonces me acordé de lo que aprendí en esas clases de yoga en el hotel de Manhattan con un gurú indio que tenía la barba muy blanca y las plantas de los pies muy sucias, y me puse a respirar despacio: inspirar, expirar, inspirar y tras cinco minutos de respiraciones ya me encontraba mucho mejor. En cualquier crisis nerviosa o ataque de ansiedad hay que respirar despacio, inspirar, expirar, inspirar, expirar... No se os olvide.

Nada tenía que relajarme, porque como decía mi gurú indio agobiarse no conducía a ningún sitio. Como él mismo decía en todas sus clases: "Aquel que reconoce la verdad del cuerpo puede entonces conocer la verdad del universo". Un hombre que en un año cambió mi visión del mundo y la vida y me ayudó a controlar mis ataques de ansiedad.

Ya veríamos cómo lo solucionábamos: podía ir con Alfredo como acompañante en el avión hasta que tuviese trabajo disfrazándome o de incógnito, podríamos buscar horas libres cuando estuviese en Madrid en sitios en los que nadie nos viese, podría proponerle que dejase de una vez a su mujer y nos fuésemos a vivir juntos... No, no eso sería presionarle y además aunque llevásemos tres años podría ser precipitado y yo tenía que pensar un poco antes de meterle en casa, convivir con una persona, dejarle un armario para su ropa con tanto traje y tanto uniforme, hacerle un hueco en el armarito del baño con todas esas cremas

y potingues...

De repente volvió a sonar el ruidito del móvil. El último comentario de Diego Fonseca tenía 56 Me gusta y 13 comentarios del tipo del otro día:

-
-
-
-
-

Verónica: No me odies. Somos aire fuego, luz...

Marian: Tú y yo venceremos...

Rosa: Love, love, love...

Dragona Blue: La más larga caminata comienza con un primer paso.

Madre mía este hombre levantaba pasiones con solo colgar un mensaje en su perfil de

Facebook. Parecía mi gurú indio. Un mensaje en la recepción y su clase se llenaba de seguidoras incondicionales que a la salida compraban su libro 'Aprender a vivir y respirar'.

Y nada, no sé cómo explicarlo, ni cómo justificarme, pero estaba aburrida, triste, desolada, hundida de domingo solitario, que sin poder dominarme pulse la pantalla digital de mi móvil y le di a Comentar y puse sin pensarlo dos veces:

Eme: Odiar es malo. Amar es bueno.

Y sin poder dominar de nuevo mis dedos pulsé Enviar.

Voces

Domingo, 28 de abril, seis de la tarde

A las seis de la tarde el edificio seguía en silencio. Y nada ni una llamada, ni un mensaje, ni un whatsapp... Nada. Alfredo estaba missing, desaparecido, en off. Alfredo no se acordaba de mí. Era así de triste. En menos de un día no me hacía ya ni caso. Y yo ya a esas horas de la tarde me había tomado un trozo de pizza cuatro quesos de la noche del viernes recalentado en el microondas, me había pintado de rojo las uñas de los pies con dibujos étnicos en negro y marrón como aconsejaban las últimas tendencias (las había también borrado dos veces con acetona porque no obtenía el resultado deseado), había recogido las toallas de la cuerda del tendedero y había mirado por el patio a ver si alguien salía y podía hablar de algo. Luego había entrado de nuevo en casa y había doblado las toallas con precisión matemática, había colgado la ropa mojada en el tendero...

Nada, nada. También había visto después de comer una de esas historias basadas en hechos reales en la que el marido que era un hombre extraordinario de repente se convertía en un loco psicópata que quería matar a su mujer para heredar su fortuna familiar y para ello la iba envenenando echándole un extraño ingrediente en la comida sin que nadie se diese cuenta... Ni ella misma.

Decidí levantarme. Desentumecer los músculos un poco como decía Alfredo cuando llevábamos dos días en la habitación del hotel y me proponía dar un paseo. Cogí de nuevo el móvil y comencé a hacer la ronda mensajes nada, correo electrónico nada, whatsapp nada... Y de repente me acordé de mi mensaje a Diego Fonseca y me fijé en su muro y vi claramente que debajo de mi comentario en su muro había un Me gusta. Sí él había pulsado un Me gusta y me fijé también que de los 56 comentarios a su frase (ahora ya eran 62) él solo había pulsado Me gusta en tres.

Por un momento me sentí orgullosa de mi mensaje, de esa frase mágica que se me había ocurrido a mí solita, sin pensar. Pero de repente me di cuenta de que la tal Verónica le había colgado el link al vídeo de Youtube de Jeanette cantando 'Cuando estoy con él' en el muro. La muy ladina... Y entonces me entró esa especie de delirio enloquecido que me estaba nublando el entendimiento y pensé que debía colgar algo: una poesía que tendría que buscar en google o robarla de otro muro, un pensamiento profundo, una frase brillante... Y de

repente como una inspiración vi el libro del japonés rarito y lo abrí por una página al azar y zas allí estaba la frase que necesitaba:

"Si no quieres acabar en un manicomio, abre tu corazón y abandónate al curso natural de la vida"

Genial. Trágica, extraña, diferente en suma. Rarita como el japonés este que me había recomendado Amparo. Rarita como mi vecina, como el tal Diego Fonseca, como todo lo que me estaba ocurriendo desde el jueves pasado.

Y nada la colgué en su muro ni corta ni perezosa.

En mi muro por fin brillaba una frase de Tokios Muraskamis

Besos en una esquina

Lunes 29 de abril, diez de la mañana

Es lunes. 'I hate Mondays' como en la canción. El lunes es un día que odio. Un día espantoso, odioso, oblicuo, feo. De pequeña porque había que madrugar e ir al colegio y había que salir de esas sábanas calentitas y caminar hasta el frío cuarto de baño por el largo pasillo helado cuando todavía no habían dado la calefacción en el edificio. De mayor porque simplemente es lunes y son días horribles, espantosos, horrendos. 'I hate Mondays' como en la canción. Pero además es un lunes horrible porque yo hoy debería estar recorriendo las tiendas del Soho buscando botas de todos los colores y tamaños, y no aquí tomando mi livanto humeante sola mirando por la ventana de mi dúplex pensando qué voy a hacer en todo el día. ¿Qué suele hacer la gente que no tiene nada que hacer los lunes?, — me pregunté agobiada.

Y en ese momento sonó el timbre de la puerta. Y allí estaba Amparo con un vestido camisero, un camisón corto o algo por el estilo y sus eternas sandalias blancas con una especie de bollo casero en las manos. Una pequeña salvación matinal al aburrimiento que me esperaba.

—Anda eres tú —dije al abrir la puerta haciéndome la sorprendida—. No tenías que haberte molestado. Pasa, pasa que te hago un café. Descafeinado, ¿no?

—Sí tía ya sabes que yo como George Clooney, siempre lo mejor. Y dicho esto su semblante cambió de expresión. Es que vengo rebotadísima... Me tiemblan hasta las manos. Mira, mira... —y me enseñó sus manos temblando.

—Pero, ¿qué ha pasado hija? —pregunté más por compromiso que por interés.

—Pues nada que ayer voy miro el móvil y había recibido un whatsapp a las 23.34 horas de la noche en el que me comunicaban que no he pasado el casting para el musical 'Aires nuestros'. Por whatsapp ... Por un puñetero whatsapp tía. Yo no digo que manden un mensajero o una carta firmada con boli bic por el director de la compañía como antiguamente pero un whatsapp en el que ponía "No ha sido seleccionada para el papel". Siete palabras y un whatsapp y yo como una tonta dos horas en el casting bailándoles todo

lo bailable poniendo mi sonrisa para su mierda de musical que no valía dos duros.

Y se sentó derrengada en el sillón como si cayese de una cuarta planta a la malla de rescate de los bomberos.

—Mierda de crisis. A ver cuando acaba esto. Aunque la verdad es que en lo mío siempre hay crisis. No llegan a ochenta bailarines los que pueden vivir de esto de manera decente: los de la Compañía Nacional de Danza y poquitos más. Y esos son unos enchufados seguro porque yo hice las pruebas y me salieron de órdago, vamos lo bordé, pero cuando me enteré de lo de los enchufes era demasiado tarde. Y ya claro una llamadita de mi viejo no solucionó nada. No me gusta estar siempre moviendo contactos. Yo creo en las personas, en el talento, en el trabajo y no soy como esos que están tirando todo el día de los enchufes. Se levantó de repente y se volvió a sentar.

—Pero nada yo estoy empeñada en convertirme en una estrella y seguiré presentándome a todo hasta que me salga un papel que me lancé a la fama. Yo voy a ser una gran actriz, como la Taylor, la Bacall o la Andrews. Vamos como que me llamo Amparo.

Entonces decidí abordarla con un tema que me preocupaba mucho y que no me atrevía a preguntar a ninguna de mis amigas, mientras tranquilamente le servía un café y un trozo de bollo en una bandeja vip de la compañía con una cucharilla, un azucarillo, sacarina y la revista de la compañía de la semana pasada en la esquina de la bandeja.

—Entonces, vamos, tú crees que no está fácil lo de encontrar trabajo... Un día de estos me tendré que poner con ello... Todavía no me he movido porque no me encuentro con ánimo — solté tranquilamente mientras bebía un sorbo de mi café humeante.

La carcajada fue tremenda.

—Mira Barbie peliroja (me llamaba así cuando se ponía graciosa). No sé de qué burbuja marciana sales pero aquí en España ahora mismo estamos viviendo lo que se llama una recesión, crisis económica, recortes constantes, manifestaciones diarios enfrente de los ministerios y los hospitales... Y hay paro. Vamos más de cinco millones de parados y como comprenderás encontrar un trabajo es más difícil que una aguja en un pajar. ¿No ves la televisión o eres marciana? —me soltó con su bordería, ironía habitual.

—Ya, ya si lo he leído y lo he visto en la tele pero no sé siempre pensé que para gente cualificada, con amplia experiencia como yo eso no era sí. Que siempre contaba el conocimiento, la experiencia, los años trabajados... —volví a contestarle.

—A ver Barbie pelirroja: cuarenta y tantos años por encima, muy mona todavía, lista, simpática, con buen aspecto físico, idiomas... pero un pequeño detalle azafata. ¿Sabes cuántas compañías áreas están ahora mismo en crisis? ¿Cuántas han cerrado desde que han salido las de low cost? ¿Cuántas van a cerrar como sigan así las cosas en los próximos años? Vamos y eso que yo no estoy en el sector y me enteró por las noticias me explicó con calma.

-
No me agobies mujer que me pongo enferma. No sé lo intentaré. Tengo contactos que me pueden ayudar... Moveré mi currículum entre mis amigos, mi hermana, Alfredo... —dije intentando mantenerme tranquila.

Pues nada tía tira de tus hilos o recíclate. No sé, ¿qué sabes hacer? Podrías intentarlo de camarera, dependienta en una boutique... No sé piensa. Seguro que se te ocurre algo. Con lo mona que eres y con esas piernas a lo mejor en una barra americana —me soltó como si fuese una gran idea.

-
La miré espeluznada.

—No, no yo no puedo cambiar de profesión. Lo mío es vocacional y genético. Mi abuelo trabajó en el aeropuerto en la sección de equipajes, mi padre era sobrecargo, mi madre trabajaba en las oficinas de la compañía, mi hermana es azafata de tierra... Mis padres siempre contaban que yo casi nazco con Barajas porque mi madre rompió aguas cuando trabajaba una mañana de mayo... —le conté con convicción.

—Pues entonces tira de tus hilos tía. Que ya ves como ando yo por no querer tirar de enchufes. Y mientras por lo menos comienza los trámites de la solicitud del paro porque al ritmo que tú vives te quedas sin dinero en un mes... —me respondió.
Y con ello lanzó una mirada alrededor y sentenció sin miramientos:

—... sí, sí no me mires así, la indemnización esa te la fundes en menos de un año. Y tía haz lo que tengas que hacer pero no renuncies al jacuzzi o nunca volverás a disfrutar de uno en

toda tu vida.

Y nada dicho lo cual se levantó del sofá y exclamó como si yo estuviese sorda o me encontrase a mil metros:

—Muy bueno el café tía. Te superas tú y la máquina esa infernal día a día. Me voy pitando que hay otro casting en el Ifema para el musical de Blancanieves y esta vez vamos me cogen aunque sea de enanito gruñón calvo y con barba. Soy capaz de todo por conseguir un papel. De todo – y me guiñó el ojo derecho.

La acompañé a la puerta diciéndole que ya sabía dónde estaba mi casa, que viniese cuando quisiera y luego me senté en el sofá y encendí la televisión. Para mi sorpresa entre semana había muchos programas matinales. Todas las cadenas tenían un programa matinal. Me quedé en uno en que la presentadora Susana Grisso, una rubia muy alta y guapa, hablaba con una pobre mujer a la que le acababa de dejar su marido. Entre hipidos y lloros la mujer contaba que su vida había acabado, que no se lo iba a perdonar, que ella que lo había dejado todo por él, que había renunciado a su carrera para que él triunfase, que le había dado veinte años de su vida.

Parece ser, —explicó la presentadora y logré enterarme a pesar de los hipidos de la mujer abandonada—, que su marido un piloto de renombre se había liado con una azafata y había decidido dejar a su mujer.

El corazón me dio un vuelco al oír su nombre. Alfredo. Alfredo Pérez, el comandante Pérez. ¡Dios mío! Ahora ya lo entendía todo. Por eso no me llamaba: por fin se había atrevido y había decidido separarse de su mujer. Por un momento me sentí feliz, como si me hubiese tocado el gordo de la primitiva, como si no me tuviese que volver a preocupar por nada. Feliz.

Pero, ¿por qué lo contaba en la televisión? No sería mejor que hablasen los dos delante de una taza de café humeante en una cafetería céntrica como personas civilizadas, que se reconciliaran y se perdonaran, que quedasen como amigos. No dejar que ella se sentase delante de una cámara, delante de toda España aireando sus problemas. “Los trapos sucios se lavan en casa”, —como decía siempre mi abuela. No allí, en ese trasto, delante de millones de espectadores sin trabajo que ponían la televisión los lunes por la mañana.

Pero entonces vio las fotos que había obtenido el detective privado que había contratado la abandonada mujer y que el cámara acercó para que los espectadores la reconociésemos y lo vio claramente: era Alfredo, era él, con su cazadora impecable, su pelo alborotado...
Parecían las calles de Manhattan pero la que iba de su brazo, la que le daba un prolongado beso enamorado en la esquina neoyorquina no era ella. No era más alta, era rubia... era Nadia, otra azafata de la compañía aérea. Una de mis compañeras.

Gata enjaulada

Lunes 28 de abril, diez y media de la mañana

Ni yo misma me lo podía creer. No sé a lo mejor habían montado las imágenes mías con las de Nadia paseando con Alfredo para hacerle compañía estos días y se habían liado. ¿Cómo iba a estar liada Nadia con Alfredo, si ella también estaba casada y tenía cuatro hijos con un eminente cirujano vascular que trabajaba en una de las mejores clínicas de Madrid y al que fui recomendada con una de mis tías de Sigüenza? Si ni siquiera se hablaban cuando se cruzaban por los pasillos del avión y de la que incluso Alfredo me dijo un día que le parecía una borde y una estirada y yo la defendí diciendo que pobre chica que tenía muchos problemas familiares...

La verdad es que no me lo podía creer... Y lo peor es que ya no estaban en la pantalla, las imágenes se habían evaporado y no las podía volver a ver. Ahora lloraba la madre de una hija quinceañera que la había denunciado por no dejarle salir el fin de semana después de traerle 6 suspensos y se había plantado y había dicho muy chula cuando se acercó la cámara al parque donde estaba con sus colegas: “¡Hasta ahí íbamos a llegar hombre! ¡Que me castigue sin salir a mi edad! —Y amenazó a la redactora y al cámara con el puño si no se largaban rápidamente del parque.

Y de repente cuando más confusa me encontraba con la situación, sonó el teléfono y era ella Nadia. No me lo podía creer. Mi compañera en los vuelos, mi amiga, la traidora de Nadia. Su voz chillona me hablaba desde el otro lado del Océano.

—Lo habrás visto ya, ¿no? Me ha llamado mi madre, la madre de uno de los niños del colegio de mis hijos, la peluquera del barrio... Nos la han jugado mi marido, que es lo peor de lo peor. Y también la estúpida de su mujer que parecía una mosquita muerta y mira cómo se las gasta... Ha contratado un detective para seguirnos por Nueva York, han grabado las imágenes y como tiene una vecina que trabaja en televisión le han hecho el favor de emitirlas en uno de los programas con mayor audiencia de la mañana.

Esto era marciano. No solo no se disculpaba por haberme levantado a Alfredo, sino que me quería contar sus penas como había hecho tantos años para que me solidarizase y quizás para que la ayudase a salir del lío. Marciano pero a mí no me salían las palabras. Se me

había hecho un nudo en la garganta y no me salía la voz por más que lo intentase. No podía contestarle, no podía hablar.

—Nada que es conferencia y esto es una pasta. Que te olvides de Alfredo, no le llames y no le molestes. Bastante tiene con lo que nos ha caído encima. Menuda mosquita muerta su mujer. Porque de mi marido te lo puedes esperar todo que es un bicho malo, ¿pero de ella? Yo no podía ni contestarle. No me salían las palabras. Ni una.

—Vamos que te hagas cargo, que Alfredo lo está pasando muy mal y no puede ni hablar. Y a ti te aprecia de veras pero ya ves qué mala suerte. Esto nos va a costar la salud a los dos. Contigo nada de nada o no se enteró su mujer o le daba igual, pero ya ves así estamos ahora. No sé cómo vamos a acabar esto... Y los niños... No sé qué les vamos a decir...

Vaya panorama.

Silencio helador entre las dos a través de los auriculares.

—Ya sabes: que no se te ocurra llamarle o te esperamos en el garaje de tu casa y te rayamos el coche o le damos patadas contigo dentro. Lo juro por mis hijos. Ya sabes ninguna bromita televisiva.

Y zas me colgó...

Me temblaban las piernas. No sabía si de miedo, de rabia, de desconcierto... Menuda mosquita muerta era Nadia también. La que siempre te hablaba de sus hijos que si el pequeño iba a natación y lloraba cuando se tenía que tirar de bomba, que si la mayor estaba con sus clases de piano pero que quería dejarlo cuando comenzó Bachillerato con las horas y el dinero que llevaba invertido en las clases, que el mediano tenía problemas con las matemáticas y le llevaban por la tarde al método ese milagroso con el que los niños aprendían a pensar y luego a sumar... La que buscaba una iglesia cristiana católica todos los domingos para ir a misa estuviésemos en el país que estuviésemos y aunque se tuviese que recorrer las calles de barrios infernales a las que nos hacía acompañarla para que no la robasen o la matasen. La que adoraba a su maridito cirujano vascular, tan paciente con los niños con el trabajo tan estresante que tenía todo el día entre venas y arterias, escuchando a los pacientes, a las inútiles de las enfermeras...

Y en ese momento miré el móvil y encontré el aviso: Nuevo mensaje en el whatsapp de Alfredo.

Querida lo nuestro fue maravilloso pero, dadas las actuales circunstancias, es imposible. Nunca te olvidaré. Alfredo.

Y sin pensarlo me lancé a la cama Kingsize de mi habitación. Aquella que Alfredo no había compartido nunca conmigo en esta ciudad y en la que siempre había dormido como una solterona solitaria y me puse a llorar como una loca desesperada y a lanzar los almohadones blancos de IKEA de rabia, de odio, de miedo, de sorpresa...

En la pantalla del móvil se acumulaban los mensajes pero yo no podía dejar de llorar y de lanzar mis cosas por los aires al mismo tiempo. Como una gata encerrada sobre un tejado de zinc ardiendo.

Hermanas de sangre

Martes 1 de mayo, siete de la mañana

Eran las siete de la mañana pero no pude aguantar más y marqué su teléfono.

—Catalina soy yo tu hermana —expliqué en cuanto oí su voz.

—¿Qué dice usted loca? Mi hermana está en Nueva York. Si quiere reírse de alguien a primera hora de la mañana, ¿por qué no llama a su padre? —me contestó tan borde como siempre.

—Que no Catalina, que soy yo. ¿No te acuerdas que me habían despedido? Te dejé un mensaje en el contestador de tu casa y luego tú me dejaste un mensaje en el whatsapp... —le empecé a contar.

—Ah sí hija perdona. Me había quedado un poco dormida. Estaba soñando que me había quedado sola en casa y llamaban por teléfono para asustarme unos bielorrusos. Y zas suena y pienso un loco. Seguro que es un loco bielorruso que quiere saber si estoy en casa para robarme y matarme —me explicó con voz asustada.

—Madre mía hija, ¡qué imaginación! Te llamo porque... —Y se me volvió a formar el nudo en la garganta.

—¿Pero qué te pasa? ¿Te ha ocurrido algo grave...? Me visto en un minuto y voy para allá —me contestó asustada.

—Es que... Es que ha sido horrible. Me quiero morir... —Y empecé a llorar como si me fuese el alma en ello. Desconsolada.

—Pero tranquilízate, ¿qué ha ocurrido? —me preguntó asustada de nuevo.

—Pues, que, él..., él..., Alfredo... Me ha dejado —contesté tajante.

—Ah bueno, es eso. Si ya te lo dije yo que era un cretino, con esa camisa siempre

planchada, con esos aires de príncipe venido a menos. Vamos que se creía de la pata del Cid... Si es que no me haces nunca caso y así te pasa así te pasa que llueve sobre mojado. Siempre igual... Por Dios si parecía que se había tragado una estaca y me hacía un favor enorme cuando me hablaba.”Azafata de tierra, azafata de tierra, curioso nunca he conocido a ninguna”, me soltó cuando nos presentaste esa tarde en la cafetería del aeropuerto. Cretino si me había saludado un millón de veces en los pasillos de la terminal 4 y conozco a más de tres que habían tenido una aventura con él. Si incluso le había pillado mirándome las piernas una vez por debajo de la mesa... —me empezó a contar como si la perjudicada fuese ella y dejando muy claro que lo mío con Alfredo había sido un craso error.

—¡Dios mío! ¿Y ahora que voy a hacer?... Yo me quiero moriiiiir. Yo me quiero morir... — empecé a llorar hipando y sorbiendo los mocos.

—Pues lo primero dejar de llorar que una García no llora así hombre. ¡Qué pena hipando y todo! ¡Qué horror! ¡Qué vergüenza! —me regañó sin piedad ninguna.

Señores pasajeros del vuelo 237 Madrid -JFK con destino a Nueva York diríjense a la puerta de embarque 8.

—¿Estás trabajando? ¿No estás en casa?—la pregunté sorprendida porque se hubiese quedado dormida en la terminal llena de gente.

Sí, claro. ¿Dónde quieres que esté? ¿Haciendo calceta? Algo tienen que comer mis hijos hasta que el cretino de su padre decida pasarme la pensión y todo lo que me debe o el juez por fin le embargue la cuenta —me contestó muy enfadada.

Y me puse de nuevo a llorar, hipar y chillar ¡Qué va a ser de mí! ¡Yo me quiero morir ahora mismo!

Ella mientras iba cogiendo cotejando los billetes con los DNIs y con las fotos, cogiendo las maletas de los pasajeros, pesándolas, poniéndolas en la cinta transportadora... Hasta oí que le decía a una señora: “No se preocupe señora que no pasa nada es la asistenta que se le ha quemado la comida de nuevo y ya ve como estoy divorciada tengo que ir arreglándolo todo en casa, aquí. Y estas chicas de ahora no saben freír un huevo. Es lo que tiene ser imprescindible aquí en casa, en todos lados. Ya me entiende...”.

Cuando terminaron de embarcar los del vuelo 237 Madrid—JFK con destino a Nueva York, comenzó a hablar con tranquilidad, dominando la situación, como hacía siempre cuando me pasaba algo en el patio del colegio con las amigas o cuando había metido la pata y como decía ella me tenía que sacar las castañas del fuego.

—Bueno Mónica aunque no te lo creas el mundo no se acaba hoy. Ni mañana ni pasado ni dentro de un mes y hay que seguir adelante todos los días. Levantarse de la cama todos los días, uno tras otro y seguir adelante porque la vida sigue queramos o no... No podemos elegir —me soltó tranquila, y a mí me dio la sensación de que era un discurso que llevaba preparado desde hace mucho tiempo y además que estaba deseando soltármelo.

Y yo seguí llorando desesperada hipando sin descanso.

—No pasa nada. Incluso tienes que pensar que te has librado de una buena pieza y ahora tienes una oportunidad de oro para rehacer tu vida. ¿Me oyes Mónica, me oyes? —comenzó a chillar como una loca.

—Sí, sí. Te oigo —parando inmediatamente de llorar, intentando dominarme. Empecé a moverme por el salón a ver si era un problema de cobertura.

—Lo primero que tienes que hacer es encontrar un trabajo que yo ya no puedo mantener a más gente, que esto parece la manifestación de la sopa boba. Intentaré hablar con el sobrecargo López que me debe un favor porque enchufé en la compañía a una prima hermana del pueblo hace unos años, y a ver si hay algo donde sea en Tierra, Mar o Aire

—me soltó cogiendo las riendas de la situación.

—Gracias Catalina de verdad. No sé qué haría sin ti —le contesté más tranquila.

—Pero tienes que prometerme algo Mónica: que hacer algo útil con tu vida Mónica. Ya no tienes quince años y no puedo estar todo el día detrás de ti solucionándote las cosas. Yo ya tengo bastante con sonar los mocos de mis hijos todos los días y con discutir con el cretino de mi ex marido todo el día y que nadie sea capaz de echarme un cable.

Y dicha esta frase lapidaria me colgó.

Mi hermana era así, tajante, segura. Con ella no había medias tintas. O era frío o calor.

Entonces sí que pensé que me iba a dar algo. Resulta que tenía que “hacer algo útil con mi vida” según decía mi hermana Catalina. Antes cuando tenía un buen trabajo e iba colgada del brazo uniforme de Alfredo por la terminal 4 a nadie le importaba lo que hacía con mi vida. Si iba o venía, si estaba en Madrid o en Nueva York, si me iba bien o mal. Incluso me saludaban orgullosos de conocer a alguien que era íntima de Alfredo. Pero ahora era un estorbo, una más de los que estaban “a la sopa boba” como decía mi abuela y como me había soltado sin piedad mi hermana hace unos minutos..

Por un momento me comenzó a faltar el aire y pensé en los ejercicios que aprendí en las clases de yoga de mi gurú indio del hotel de Manhattan para relajarme: Inspirar, expirar, inspirar, expirar... Y todo volvió a su estado natural en unos minutos cuando volví a respirar y me serené. Después de la tormenta viene la calma —decía siempre mi abuela con gran resignación y visión de futuro.

Y como hacía siempre en los momentos críticos miré el móvil y me encontré varias llamadas, mensajes de compañeras que habían visto lo de Alfredo en televisión (menudo cerdo decía una de ellas), un whatsapp de 25 líneas de mi hermana aconsejándome que tenía que aprender solita a controlarme y no montar esos numeritos de patio de colegio en su jornada laboral, aclarar mis ideas, reflexionar sobre mi perdida vida... y al final de todo ese mensaje agobiante de mi hermana me fijé que en mi muro de Facebook alguien había colgado un texto:

David Fonseca

1 de mayo 8:20 horas

Tenemos que recuperar el tiempo

Volver a ser aire, mar y sentimiento

Volver a encontrarnos cerca cada mañana

Volver a sonreír con tu mirada

Volver a ser tú y yo de nuevo

Volver a ser los dos sinceros

C. Fernández

Y lo curioso era es que ya tenía 12 Me gusta de sus amigas y tres mensajes debajo.

Parda

Martes 1 de mayo, cuatro de la tarde

A las 16 horas volvió a sonar el timbre de mi casa. Yo estaba en camisón de verano, bata de raso rosa y zapatillas de felpa y me dirigí arrastrándolas hacia la puerta. Llevaba dos horas medio dormida viendo Tienes un email, llorando sin poderme controlar, acercando cada dos minutos la caja de klinex a mi rojiza nariz.

Era Amparo, la vecina, que entró como una exhalación cuando la abrí la puerta.

—La has liado parda, tía. No me lo puedo creer —soltó cabreada.

—¿Quieres un café de los de temporada? —le pregunté mientras iba caminando arrastrando los pies hacia la cocina sin hacerle demasiado caso. Amparo a veces se ponía demasiado dramática.

—Sí claro uno de los nuevos —y cogió el tarjetón de publicidad en el que venían los cafés y una descripción sobre cada uno—. O por lo menos un Rosabaya que eres una cutre y solo me lo has puesto una vez.

Ella empezó a dar grandes zancadas por el salón con sus sandalias blancas: de la ventana a la mesa de comedor, de la mesa al sillón, del sillón a la puerta de la cocina. La verdad es que tampoco había más posibilidades porque en el piso bajo de mi dúplex estaba el salón, la cocina y un aseo pequeño y arriba ya mi dormitorio y un baño principal. No había más.

Vamos que si quería caminar más tendría que abrir la puerta hacia el pasillo del edificio y dar una vuelta por delante de las puertas de nuestros vecinos.

—Ya sabes muy bien de lo que te estoy hablando. No te hagas la mosquita muerta —volvió a soltar enfadada.

Entré en el salón tranquilamente con mi bandeja vip de la compañía con dos cafés Rosabaya humeantes en tazas grises de IKEA, dos croissants de mantequilla y cucharillas, azucarillos y sacarina monodosis y la revista Viajeros intrépidos del último mes. No sé porqué las apresuradas entradas en mi casa de esta chica cada vez me hacían menos gracia.

—Pues no sé hija llevo un día... —contesté resignada a que me contase una película.

—Pues está claro. Le has provocado. Has estado calentando todo el día el asiento hasta que él ha mordido el anzuelo. Lagarta, lagarta... —y me hizo una señal con los dos dedos estirados.

—No sé muy bien a qué te refieres. Alfredo me ha dejado, se ha liado con Nadia una madre de tres hijos ya no tan perfecta y compañera azafata, mi hermana me ha regañado por no hacer nada con mi vida y no parar de llorar... No sigo porque no te lo creerías... —Y comencé de nuevo a coger un klinex y luego a hipar y llorar al mismo tiempo y a sonarme mi rojiza nariz con desconsuelo.

—¿Ah sí? No sabía nada tía... Lo siento y esas cosas pero ya te dije que ese tío no era de fiar desde el día que no paraba de mirarme el biquini en el jacuzzi con esa mirada cruzada que tiene. Gato, gato... —y al decirlo cruzó los dedos.

Yo me la quedé mirando sorprendida. No recordaba que nunca me hubiese dicho nada de Alfredo, ni de cómo la miraba el bikini en el jacuzzi...

—Pero vamos a lo que vamos, ¿cómo puedes decir que no has hecho nada? Comprendo que llores porque es muy fuerte tía lo que te está ocurriendo en estos días —y apoyó comprensiva la mano en mi antebrazo.

—Pero la que has montado tú solita ti no tiene perdón. Es muy fuerte, tía.

—Pues no sé hija yo llevo todo el día aquí encerrada y ni he hablado con nadie. Vamos que no he salido ni a la puerta de la casa.

—Ya y no te has fijado me vas a decir que él te ha dejado ese mensaje en tu muro. No en el muro de otra, no en mi muro, ni el de Blanca, ni en el de Carola, en tu muro, hija en tu muro

—contestó exaltada como nunca la había visto.

—Pero, ¿en qué muro? —le respondí sorprendida y un poco enfadada en el fondo.

—En el de Facebook hija que estás en babia —volvió a responder muy alterada.

Entonces me relajé y empecé a pensar que esta chica no estaba en sus cabales. No era muy normal que entrase en mi casa montando un tamaño follón por esa tontería.

—Ah, es eso. Ese Diego Fonseca. Pues no sé. No le conozco de nada. Me gustan sus frases nada más. ¡Qué importancia tiene esa tontería con todo lo que tengo encima!

—contesté haciéndome la loca.

Y comencé de nuevo a hipar y a llorar y a sonarme la nariz roja de nuevo con el klinex.

—Nunca, nunca a ver si te enteras tía ha colgado Fonseca nada en otro muro. Y nosotras venga a poner Me gusta, a dejarle comentarios, a mandarle mensajes privados, a intentar pillarle por el chat... —explicó Amparo un poco más calmada.

—No sé la verdad. No creo que sea importante. Una casualidad. Nada más —respondí sin interés.

—No, no esto no es casual. Ese tío te conoce de otro tiempo, otro momento de tu vida y ahora ha decidido ponerse en contacto contigo. Y menuda putada nos haces... Porque todas estamos locas por él: la Susi que le manda mensajes todos los días, Marga que le ha colgado en su muro todas las canciones románticas que ha encontrado desde Janet a Julio Iglesias, Rosa que le manda poemas cifrados, kaikus de esos, mensajes secretos... Y tú nada te deja un mensaje en el muro y ni te inmutas. No lo entiendo —y comenzó a menear la cabeza hacia los lados y a hacer aspavientos con los brazos.

—Yo de verdad creo que estás exagerando. A mí Facebook solo me vale para que las amigas me digan donde han encontrado la última Mustang a buen precio en Londres o para que me recomienden restaurantes de moda en Nueva York —le volví a contestar para que se calmase.

—¡Qué desperdicio! Facebook es, es... Lo es todo tía.

Y dicha esta frase lapidaria se acercó a la ventana como si fue Hamlet y mirando hacia ella dijo: “Es nuestra ventana al mundo”.

Y caminando lentamente se acercó a la puerta y la abrió y dijo:

—Piénsalo tía si no te interesa no calientes más que el patio no está para que nos pisemos la manguera unas a otras... Que ya para nosotras solo nos quedan los separados, los solteros raritos y los virtuales. Piénsatelo bien o te llenaremos el muro de mierda si le haces daño o si le dejas de repente y sin avisar como os gusta tanto hacer a las guapas de cara — y me hizo ese gesto tan desagradable con los dos dedos estirados que movió desde su ojo derecho hacia mi cara asustada. Yo ya había visto en algunas películas de horteras mafiosos ese gesto pero no esperaba que nadie me lo hiciese y menos mi vecina. Me encogí de hombros. Llevaba dos amenazas desagradables y bastante extrañas en el mismo día. Y sin moverme de casa...

—Pero de todas maneras gracias por el café. Estaba de lujo como siempre. Os superáis esa máquina cafetera del diablo y tú —y se volvió a apoyar en mi antebrazo confidente y se levantó del sofá.

Cuando cerró la puerta miré la pantalla de mi móvil abrí mi perfil en Facebook y me asusté: tenían nueve peticiones de amistad de gente que no había visto en mi vida (un tal Carlos, una tal María, un tal Cabreado con todo, otra Mente sucia...), otros dos sujetos habían plantado sus poesías en mi muro, otro había dejado una canción de los Secretos y otro me había dejado la fotografía de una margarita y había puesto: Eres luz.

Rápidamente comprobé que en mi perfil no estuviera mi número de teléfono y que no hubiese ningún dato comprometido (ni la ciudad, ni mucho menos mi dirección...), con el que todos estos pirados pudiesen acercarse en algún momento a mi casa y encontrarme en camisón de verano, bata rosa de raso y zapatillas con ellos en la puerta de mi casa. Pero no lo pude evitar y me detuve un rato en la poesía de ese tal Fernández, en volver a leerla despacio buscando su significado oculto, en intentar descifrar que me podía querer decir y la razón por la que estas palabras habían afectado tanto a Amparo y sus amigas:

Tenemos que recuperar el tiempo
Volver a ser aire, mar y sentimiento
Volver a encontrarnos cerca cada mañana
Volver a sonreír con tu mirada
Volver a ser tú y yo de nuevo
Volver a ser los dos sinceros

Y sin poder dominar de nuevo mis dedos en la pantalla táctil pulse Me gusta. Y es que era verdad, entre todo lo que me estaba ocurriendo esa frase era lo más bonito que me sucedía en veinticuatro horas, incluso en los últimos tres días.

Puente colgante

Miércoles 2 de mayo, diez de la mañana

Me levanté como si me hubiese tragado el estropajo nanas. Mi garganta estaba llena de pinchos y la voz no salía de mi garganta. Al primer trago de mi café Rosabaya lo noté. Un café reparador, calentito, con ese regusto a café colombiano que tanto me gustaba pero que ahora no me calmaba el dolor. Menuda noche había pasado. Claro que a nadie se le ocurre tomarse una Duermebien a las 10 de la noche. A las doce los ojos como platos. No hay nada peor que no dormir. Ya lo decía mi abuela que se pasaba las noches en vela desde los setenta años y a veces decía que estaba acompañada de sus espíritus en el salón de la casa... ¡Si no fuera por ellos no podría vivir!, —me decía en voz muy baja para que nadie de mi familia la oyera y la regañara—. Porque en el fondo le daban conversación, como me decía a veces y no quería que fuese un secreto a voces.

Confieso que esa es una de las cosas que más miedo me da, quedarme días y días, horas y horas sin dormir. Por eso me tomo las Duermebien, como las aspirinas. La culpa la tiene tanto jetlag, tanto cambio de hora, tanto horario cambiado. Con este trabajo despegas un día en un país y amaneces al otro lado del Atlántico después de una noche toledana en el avión en la que te has destrozado las plantas de los pies caminando con los tacones por el pasillo del avión...

Bueno pero ya debería darme igual. Las posibilidades de volverme a montar en un avión con mis tacones, mi pañuelo de la compañía atado en el cuello, mostrar el chaleco salvavidas a los pasajeros y servir entre sonrisas mis bandejas VIP son mínimas. Cuarentona, como me dijo Amparo, bien parecida eso sí que conste, domino inglés, francés y alemán e incluso un poco de japonés pero nadie me va a contratar si por la mitad de mi sueldo tiene a una veinteañera trabajando el doble de horas, con mucho más garbo y entusiasmo y la mitad de sueldo. Aunque no tenga ni idea de japonés, ni lleve veinte años de experiencia en la compañía.

A ver si mi hermana, que tiene un corazón de oro en el fondo, movía sus cables y por un milagro me conseguía un puesto en la compañía en esta época de crisis.

Y otra vez fiesta. Día 1 de mayo. El día del Trabajo. ¡Qué país en el que tenemos un puente

de cinco días en pleno mayo! Antes no me hubiese preocupado nada. Si yo a veces no sabía si era de día o de noche, si estaba en Nueva York o Madrid cuando despertaba en la cama Kingsize, si era puente o no era puente...

A la segunda taza de café Rosabaya pensé de repente en él, en Alfredo y en su injusta despedida. Por el Whatsapp, ¡¡hay algo más cutre!! Ni el teléfono, ni por mail, ni por el Messenger... Si hasta le ha salido gratis... Y la madre del año Nadia ahora estaría frotándole y exfoliándole la espalda en el hotel de Nueva York con esa estupenda esponja de lufa que dejaban todas las mañanas en nuestra habitación, y pateándose con él todas las tiendas de la ciudad. O no sé a lo mejor se lo llevaba a visitar iglesias católicas y él estaba encantado con la nueva experiencia. Nunca se sabe...

Por un minuto creí que me iba a estallar el cerebro. Y otra vez esa sensación de que me faltaba el aire. Y comencé a Inspirar. Inspirar, expirar, inspirar, expirar. Luego releí las escasas palabras de Alfredo en el whatsapp mientras me volvían a caer gruesos lagrimones intentando buscarles un sentido escondido, algún matiz, algo:

Querida lo nuestro fue maravilloso pero, dadas las actuales circunstancias, lo nuestro es imposible. Nunca te olvidaré. Alfredo.

Las actuales circunstancias, ¡qué fuerte! Supongo que serían el lio con Nadia, mi despido, su separación, su familia destrozada... ¿Todas juntas o alguna en particular? ¿En qué momento había fallado lo nuestro si era tan perfecto? Y si no era perfecto, ¿por qué no me había dado cuenta? Volví a mirar la pantalla intentando relajarme y en el Facebook zas me saltó un mensaje: Loli Pérez "Guarra, guarra, guarra. Como pongas tus manos encima de él te la juegas. Te juro que no verás la luz del día".

Sin poder controlarme me levanté de la silla empujando la mesa y casi tiré sin querer la segunda taza de café Rosabaya. Pero bueno, ¿quién sería esta Loli Pérez, por Dios? Intenté meterme en su perfil en el Facebook pero lo tenía cerrado y solo podía ver a sus amigos y zas compartíamos una amiga, como siempre qué casualidad mi vecina Amparo. Si es que esta mujer estaba siempre en todos los líos...

Me vestí en dos minutos con unos vaqueros desgastados rotos, una camiseta de manga corta blanca y unas sandalias rojas de cintas y con la llave de mi apartamento, en la mano crucé todo el pasillo en busca de mi vecina para que me contase qué estaba pasando y

quien era esa Loli Pérez. No tenía ganas de verme enredada en una afrenta con una loca peligrosa.

Me abrió la puerta vestida de payasa con tres bolas de colores en las manos.

—Perdona a lo mejor te he interrumpido —le dije desconcertada por su atuendo y las bolas de colores.

—No, no te preocupes tía estoy aquí ensayando para el curre —me explicó con naturalidad señalándome una rara bicicleta de una sola rueda apoyada en la pared de la habitación.

—No sabía que también trabajabas en un circo... —contesté sorprendida.

—No, no. Ya quisiera. Trabajo en el semáforo de la Plaza Castilla los fines de semana y días de fiesta para sacarme unos euros. Una amiga del teatro me pasa este bussiness porque ella los fines de semana y las fiestas solo puede ir por las tardes. Tiene que estudiar... —y al contarlo lanzó las tres pelotas al aire y una al caer se estrelló contra el plato de la comida del gato y todos los minúsculos trozos de alimento saltaron por los aires y mancharon la pared.

—Nada, nada, si es que soy negada... — exclamó con disgusto.

—Es que tienes que lanzarlas hacia arriba siempre hacia mismo sitio para que caigan bien y las puedas coger. Mira, mira —y me puse a lanzar las pelotas de colores como si llevase haciéndolo toda la vida.

Cogí las tres pelotas y las lancé al aire tres veces recogéndolas y volviéndolas a tirar.

—Vaya tía, eres una crack de esto. ¡Eres una caja de sorpresas! —me miró sorprendida.

—A mi abuela le hubiese gustado trabajar en un circo, ya te conté un día que era un poco rara... y cuando se quedaba conmigo me enseñaba a lanzar pelotas, mazas, montar en el monociclo... Un cuadro. Cada vez que mi madre la pillaba teníamos liada una buena bronca... —la conté con voz de confianza. Tenía que ganármela si quería que me contase todo lo que sabía sobre la tal Loli Pérez.

—Vaya con la barbie peliroja azafata... Eres una caja de sorpresas —volvió a repetir.

Y entonces Amparo me miró de arriba abajo y me preguntó:

—¿Y a qué venías? Creo que es la primera vez que vienes a mi casa y que te veo vestida sin bañador ni pijama ni camisón... —y soltó una pequeña carcajada.

—Tomamos un café y hablamos un poco. Estoy un poco asustada pero no lo quiero contar en el pasillo... Si me dejas pasar, te lo agradecería—volví a explicar con calma.

—Vale pasa pero te aviso yo solo tengo Nescafé, el de toda la vida del frasco de cristal. Soy tan pobre que por no tener no tengo ni cafetera... —me dijo mientras me señalaba el escaso mobiliario de su casa.

Nos sentamos ante una mesa de mimbre redonda con un cristal en el centro al que rodeaban unas sillas de mimbre curiosas. Se parecían un poco aquellas en las que se sentaba Julio Iglesias en uno de sus discos... La habitación casi no tenía muebles, pero estaba decorada con abanicos en las paredes, instrumentos musicales y muñecas de países diferentes.

Curiosamente también había un blue ray último modelo, una moderna televisión enorme de plasma, una buena cadena de música, dos teléfonos inalámbricos...

Amparo trajo dos tazas de IKEA, curiosamente muy parecidas a las que yo le sacaba en mi bandeja VIP (y que había echado de menos el otro día), pero ella las traía con leche caliente, sacarina y un bote de cristal medio lleno de Nescafé y con dos cucharitas de plástico blanco. Todo en una horrible bandeja con motivos chinos: dragones y flores multicolores.

—A ver dispara, Amparo te escucha —me soltó.

—Una tal Loli Pérez me ha amenazado por el correo del Facebook —expliqué tajante.

Amparo se puso blanca y comenzó a hacer aspavientos con las manos.

—Loli, Loli. ¿No te habrás confundido de nombre? —contestó sorprendida.

—No, no Loli Pérez. Te lo leo: “Guarra, guarra, guarra. Como pongas tus manos encima de

él te la juegas” —leí textualmente de la pantalla del móvil.

— ¡Qué chungo tía! ¡Qué chungo! —y volvió a hacer aspavientos extraños con sus manos y brazos.

Y se levantó y empezó a dar vueltas por el salón con ese vestido de payasa mientras sacaba del bolsillo una caja de papelitos blancos pequeños y se puso a liar lo que parecía un cigarro.

—Pero, ¿quién es esta chica? Si yo no la conozco de nada... He visto en Facebook que la tienes como amiga —le pregunté al ver su cara de preocupación.

—Es una de las chicas de Fonseca... —soltó escueta.

—Pero bueno, ¿quién es tal Diego Fonseca? ¿Un mafioso, un poli, un chorizo? —pregunté nerviosa.

— No, no tía. No te rayes. No lo sé la verdad pero no me parece un tío peligroso. Todo lo contrario es como un osito, un amor... y por eso las tiene locas... —explicó con calma.

Respiré un poco aliviada y me serví un poco de Nescafé en la taza humeante. Hacía mucho tiempo que no tomaba este brebaje que destrozaba el estómago y teñía el fondo de las tazas de marrón, pero me acordaba que primero se ponía el café y luego la leche caliente pero como ella ya había traído la taza llena de leche era imposible ya hacer la operación adecuada y eso me hacía enfrentarme a una situación complicada. Pensé en pedirle que me sacase otra taza, pondría primero el café, luego la leche caliente y removería. Pero luego volví a mirar alrededor y pensé que no tendría más tazas y decidí echar directamente el Nescafé en la leche caliente y remover.

—No respires tanto: la chungu es Loli. Y dicho esto dio una calada larga a su extraño cigarro... —repitió.

—Chungu, chungu... ¡Qué quieres decir con chungu! —la contesté sorprendida de nuevo y un poco asustada.

—Hombre subinspectora de homicidios de la comisaría de centro, cinturón negro de Karate,

cien kilos mínimo... Dos años en la científica recogiendo trozos de cadáveres y clasificándolos. Un poco tiesa pero en el fondo buena gente – soltó como una escopeta y me miró a los ojos—. Pero en cuestión de amores es una fiera. El último novio salió de su casa con lo puesto después de una pelea a las cuatro de la madrugada en la que los vecinos asustados llamaron a sus compañeros de la comisaría. No te cuento más... Y guapa de cara para cagarse... —soltó Amparo con esa naturalidad que la caracterizaba siempre.

—Vaya –suspiré impresionada...

Y le has tocado a su chico —apostilló mi vecina.

Me encogí de hombros como si no entendiera nada.

—¿De qué chico estamos hablando, hija? Si estoy más sola que este Nescafé —contesté sorprendida y alterada.

—Fonseca es su chico —contestó Amparo tajante.

—¿Está enamorada del Fonseca ese? —le respondí alucinada.

—Bueno mantienen una relación virtual desde hace unos seis meses —me explicó Amparo.

—Relación ¿qué? —pregunté alucinada.

—Virtual hija virtual. Todos tenemos relaciones virtuales tía —contestó sin inmutarse Amparo.

—Todos menos yo. Vamos menuda chorrada... No había oído nada así en vida... ¿Para qué quieres una relación con alguien al que no puedes tocar, con el que no puedes hablar? —le pregunté perpleja.

—No estás en el siglo XXI chica. Todo el mundo tiene relaciones virtuales —lanzó con seguridad.

—No sé pues a mí me parece una chorada —le dije convencida y solté una carcajada.

—Pues tómalo en serio que Loli Pérez no va a parar hasta que dejes en paz a su chico

—soltó muy seria.

—¿En paz? Si ha sido él el que me ha puesto un comentario en cómo se llama... mi muro

—le dije indignada.

—Ya pero a Loli no le ha molado el detalle. Ya ves... —explicó encogiéndose de hombros—.

Tenías que haber sido un poco lista y haberlo borrado rápidamente —sentenció.

Estaba alucinada, menuda panda de tarados... Relaciones virtuales, muros, subinspectoras de homicidios... ¿Qué locura era esta?

En ese momento crítico sonó el timbre y Amparo pegó un brinco como si la hubiesen puesto un petardo en la silla.

—¡Vaya Marcelo! Ya es la hora y yo como estaba hablando contigo ni me he dado cuenta. Y yo ni he acabado de vestirme... Ábrele tú tía que si me ve así me mata —soltó de nuevo nerviosa.

Caminé hacia la puerta y abrí lentamente mirando hacia detrás para asegurarme de que Amparo ya estaba en su habitación. Cuando vi que había cerrado la puerta de su habitación, abrí la de la casa.

—Vaya esto sí que es una sorpresa... Amparo ha crecido dos palmos y se ha teñido el pelo de rojo...

Era increíble: delante de mí estaba Tony Curtis, el actor, vestido como en Trapecio: camiseta blanca de tirantes, mallas blancas marcando paquete, un cinturón estrecho y muñequeras blancas. Solo faltaban Gina Llobrigida y Burt Lancaster.

El artilugio de conchitas de coral que tenía Amparo encima de la puerta comenzó a tintinear haciendo un buen ruido.

—Soy, soy, soy Mónica —dije balbuceando al fin y extendiéndole mi mano.

—Vaya qué bien... —y dicho esto me largó dos besos uno en cada mejilla—. Pensaba que

Amparo había sufrido una mutación y se había convertido en Julia Roberts de tanto beber Nescafé... —y soltó una carcajada encantado con su propia broma.

Me quedé impactada bloqueando la puerta sin decir nada. Delante sin decir nada. Hasta qué solté sin gracia alguna.

—Pues no, no soy Amparo. Soy su vecina...

Él pegó un bote, y con un pequeño empujón me hizo apartarme de la puerta mientras chillaba:

—Amparo tía. Seguro que no te has vestido... Es que de verdad. No cambiarás nunca...

Eres una impuntual... No tienes remedio

—Bueno —empecé yo a disculparla— es que he venido yo y hemos estado charlando un rato porque tenía que preguntarle unas cosas. Y claro la he entretenido pero seguro que en unos minutos está preparada.

Y en ese momento salió Amparo de la habitación ataviada a lo Gina Lollobrigida con una especie de bañador dorado atado al cuello con dos cintas diminutas, una peluca morena, medias de cristal, unas bailarinas de baile doradas y un bolsón enorme colgado del hombro derecho.

—¡Qué falta de confianza de verdad Marcelo! Llevo más de una hora vestida. ¿Verdad, Mónica? ¿Verdad? Esperándote, esperándote.... Como siempre que eres un pesado Marcelo... y encima vienes y me acusas... ¡Qué injusto! Ya me puedes pedir disculpas inmediatamente... o no voy contigo a Plaza Castilla... —contestó haciéndose la indignada a Marcelo.

—Pero si te conozco como si fueras mi hermana Amparo y sé que eres una impuntual de libro... Seguro que te acabas de vestir y ahora andas disimulando... —y me miró fijamente guiñándome un ojo.

—Bueno, vámonos que te lías con tanta palabrería. Y tu tía, ¿qué haces? Te quedas a aquí sola o te vienes a nuestro curro a pasar la mañana... Que tengo que cerrar la puerta —soltó rápida Amparo.

—No, no gracias Amparo. Yo me voy para casa que tengo cosas de hacer... —dije sin mucha convicción.

—Pues nada tú te lo pierdes que hoy vamos a dar un pedazo de espectáculo que van a flipar vehículos y transeúntes... —soltó guiñando el ojo derecho al tal Marcelo.

Y los dos juntos se fueron por el pasillo caminando como si fuesen verdaderos artistas mientras que yo arrastraba los pies lentamente hacia mi casa cansada y preocupada.

La cena

Jueves 3 de mayo, once de la mañana

Me levanté casi a las once de la mañana. Había pasado una noche terrible. Después de ver otra vez la película Tienes un email, a la una de la madrugada me metí en la cama y empecé a soñar con Marcelo: Marcelo que me recogía vestido a lo Tony Curtis en Trapecio pero que al subir a un reluciente coche blanco americano se convertía en el protagonista de La carrera del siglo, Marcelo que se quitaba su chaqueta blanca y me la ponía por los hombros mientras paseábamos por la orilla del Sena para que no pasase frío, Marcelo al que le relucía una estrella de luz en la dentadura mientras me sonreía, Marcelo que me apartaba con cuidado un largo mechón de pelo de la cara, Marcelo y yo que luego nos montábamos en el reluciente coche descapotable rojo y me llevaba a un hotel en el que el hall era más amplio que la T4 y se acercaba para besarme en la puerta de la habitación mientras que yo apoyaba sutilmente mi tacón en la pared... Pero en ese momento, en lo más interesante cuando Marcelo me iba a besar me desperté...

Sudando, con el camisón pegado al cuerpo, y con el pelo en la cara. ¡Qué rabia! ¡En el mejor momento! (¿Cómo besaré Marcelo? ¿Cómo sería la habitación del hotel de mi sueño? ¿Nos habrían puesto una cesta de frutas y una botella de champán? ¿Cómo sería la cama Kingsize?...) Nada, nada me quedé sin saberlo. Y además nada menos que a eso de las dos de la madrugada para completar la noche, me desvelé.

Cualquiera que haya tenido insomnio sabe que no es lo mismo despertarse a las cinco, que a eso de las dos. A eso de las dos, es desesperante. A eso de las dos solo se oye el camión de la basura cuando recoge con ese ruido infernal la basura orgánica e inorgánica y que vuelca con estruendo el contenedor de vidrio. A eso de las dos de la mañana solo se oye al borracho de turno que chilla cuando al salir del After no le para ningún taxi en la calle desierta porque está borracho. ¡¡No te vale mi dinero!! ¡¡ No te vale mi dinero capullo!! ¡¡Es igual que el de todos tío!! —chillaba un borracho como una cuba—. A eso de las dos de la mañana se oye al vecino de enfrente intentando sin tino abrir con la llave y entrando en su piso ruidosamente acompañado de otra rubia despampanante...

Pero lo malo es que una vez que uno se despierta a las dos de la madrugada ya no se puede uno dormir al menos hasta las cuatro. Y van pasando lentamente los minutos dos de

la madrugada y diez minutos, dos de la madrugada y diecisiete minutos, dos de la madrugada y diecinueve minutos...

Asqueada me fui al baño, hice pis, tiré de la cadena, observé mi cara y ojeras en el espejo de aumento, quité con las pinzas un pelo rebelde del entrecejo, volví a embadurnar mi rostro con la crema azul nocturna antiarrugas aunque ya me la había echado al acostarme, leí mis mensajes en el móvil y me desvelé.

Hay algo que nunca se debe hacer cuando uno se desvela encender el móvil o el ordenador porque no sé lo que tiene pero ya es imposible conciliar el sueño al menos en dos horas. Lo tengo comprobado.

Desesperada al ver que no me podía a dormir de ninguna manera y que si me tomaba una pastilla de Duermebien no haría más que desvelarme de nuevo me puse a mirar el Facebook en el ordenador y descubrí algo tremendo en mi muro: la foto de una rosa amarilla sobre una mesa blanca y un mensaje: "Me encantaría pasar una noche buena contigo, aunque no sea en Navidad".

¡Madre mía, qué horror! ¡¡Qué friki!! ¡¡Qué horterita!! Desesperada empecé a buscar cómo se podía borrar de mi muro ese horrible mensaje sin dejar rastro, antes de que alguno de mis amigos o de mis compañeros de la compañía aérea pensase que tengo algo que ver con semejante pirado. Me fijé que venía de un tal Lorenzo Muñiz... Desplegué todas las pestañas que encontré en mi muro hasta que apareció una que ponía eliminar definitivamente. Y al quitar ese tremendo mensaje descubrí el mensaje anterior que no había visto antes: ¡¡Tía esta es la noche!! ¡¡Prepara taconazos!! Miranda Robin.

Y entonces me acordé: Tenía la cena de los cuarenta años con los compañeros del colegio.

¡¡Qué horror!! No podía ir en este momento crítico de mi vida. ¿Cómo iba a sentarme al lado de Rosalinda, gerente de las industrias familiares Rodal a sus cuarenta años, tres másters, experta en cocina tailandesa y cuatro hijos con un brillante funcionario de Hacienda que estaban aprendiendo chino? ¿Qué iba a contestarle cuando me preguntase qué tal me iba? ¿Qué iba a decirle? ¿Qué estoy en paro y me ha dejado mi novio un piloto casado en crisis con su mujer desde hace tres años? ¿Y cómo iba a contarles que ahora a mis casi cuarenta años no tengo novio, marido ni nada que se le parezca, ni por supuesto cuatro hijos estupendos que estaban aprendiendo chino? ¿Cómo les iba a contar que esta noche he soñado con el amigo de mi vecina vestido como Tony Curtis en Trapecio y que ha sido por

cierto la última experiencia interesante?

Definitivamente no podía ir. Imposible. Sería un desastre para mí, para mi imagen pasada y futura. Mis planes de dar la campanada ante mis compañeros del cole apareciendo en la cena como una diosa se daban al traste definitivamente. Yo que había pensado en una entrada estelar a lo Julia Roberts con el pelo rizado al viento mi minifalda, top de tirantes blanco, botazas de tacón y cazadora vaquera... Y del brazo por supuesto de la percha de Alfredo al que se lo había rogado días antes y que al final había aceptado para que no me entristeciese más...

Pero no, no, ya no podía ser. No tenía ánimo, ni cuerpo. Por un momento pensé en Darío, volver a verle. Volver a ver esos ojos azules, el hermano de mi amiga Conchi, que me seguía durante los años de COU a todas partes, al patio, al comedor, al baño de las chicas, al portal de mi casa... , y preguntarle qué tal le había ido en esos años y que sonase en ese momento por el hilo la canción de Perales: "...pero ya ves no sé porqué hoy me acordé de ti y quise imaginarte enamorada... Pero me respondí que no porque el amor no es solo flor de un día, me respondí que no porque lo nuestro no lo olvidarías". Y yo le miraría a sus inmensos ojos azules y él me miraría a mis superpintados ojos verdes y juntos nos escaparíamos de la cena para acabar en su minúsculo pero moderno apartamento retozando en su sillón cama. (No sé porqué a Darío siempre tan solidario, generoso, proactivo con todas las causas animales y humanas me lo imaginaba durmiendo en un apartamento diminuto lleno de trastos en las afueras de Madrid. Cosas de mi mente novelera que no tiene límites hacia el pasado o el futuro).

Estas reuniones o encuentros de los cuarenta años es lo que tienen: compañeros que no se reconocen después de veinte años, antiguos novios de la infancia que se vuelven a ver... ¡Cuántos matrimonios de libro se rompían después de estos encuentros! Incluso matrimonios con cuatro niños, como el de la vecina, en los que la esposa modelo se encuentra con su novio del bachillerato y deja al marido sin pensárselo dos veces tras uno de estos encuentros.

Volví al muro y me encontré un montón de mensajes que se renovaban continuamente y pensé que cuánta gente tiene insomnio por Dios en estas noches convulsas. Pero también me di cuenta de que había gente de otros países como Argentina que comenzaban a despertarse y que nos daban a todos los buenos días, colgaban fotografías de gatitos y perritos, vídeos de Roberto Carlos y Umberto Tozzi, poesías y kaikus de esos y mandaban

besos per tutti en su muro y en los de otros.

Debajo del mensaje de Miranda Robin (¿por qué no pondría su verdadero nombre Enriqueta García Pérez?) encontré un mensaje de mi chico, sí de Fonseca.

“Si tú vas yo vengo

Si tú quieres soy”

R. Morales (haiku)

Lo volví a leer dos veces. ¿Haiku? ¿No era Kaiku? ¿Fiel? ¿Fanático? No entendía nada pero sonaba a japonés, a extraño, a interés de un desconocido a las tres de la mañana una noche calurosa en la que no podía pegar ojo y que no me podía quitar de la cabeza cómo asistir a la dichosa cena y no contar nada de este desastre de vida en el que se había convertido la mía en la última semana. Mentiría, callaría, no diría toda la verdad, cambiaría de tema cuando me hiciesen preguntas embarazosas, hablaría rápidamente como una escopeta echando el pelo para detrás cada veinte segundos como hacía cuando era joven... Todo menos confesar que me tendría que dar pronto de alta en el paro porque la compañía había prescindido de mi trabajo ejemplar después de veinte años, y que mi chico se había liado con una azafata casada y con cuatro hijos y se iba a vivir con ella y dejaba ahora a su mujer cuando conmigo no había movido un dedo para cambiar de vida... Menudo desatino...

Pero eran más de las tres de la mañana y los comentarios de este chico en mi muro me enternecían, me recordaban las cartas de Darío que me entregaba dentro de un libro en medio de clase, esos poemas largos sinceros que me mandaba día sí y día no y a los que nunca hice caso pero que ahora veinticinco años más tarde sí me enternecían si venían de un hombre desconocido en una red social en una noche de insomnio a las tres de la mañana. Y entonces me acordé de aquel poema que me mandó Darío escondido en un libro en medio de la clase de religión, y que estuvo dando vueltas en mi cabeza durante mucho tiempo:

Murmullos y zas lo busqué en google y lo pegué en su muro.

Murmullos en el aire que te llaman sin parar

Murmullos que te oyen suspirar

Suspiros que resuenan cuando te oyen cantar

Canciones que nunca vamos a olvidar

Y lo colgué en mi perfil en Estado ¿Qué estás pensando? Y por un momento me sentí uno más de esos seres que a las tres mañana expresaban sus sentimientos y se consolaban juntos en una red social. Y me sentí menos solitaria que en estos cuatro últimos días.

Trapeccio

Viernes 4 de mayo, seis de la tarde.

La conocida película Trapecio se estrenó en el Capitol de Madrid el 21 diciembre 1956 en una función a beneficio de la campaña de Navidad. El argumento es conocido por todos Mike Ribble es uno de los pocos trapeecistas que ha conseguido hacer el triple salto mortal, pero tras sufrir un accidente con el trapeccio, se ve obligado a trabajar como tramoyista en el circo. Tino, el hijo del gran trapeecista Orsini, lo busca para que le enseñe a ejecutar el triple salto pero entre los dos se interpone Lola, cuyo único afán es triunfar en el circo gracias a su belleza. Un triángulo amoroso protagonizado por Burt Lancaster, Tony Curtis y la guapísima Gina Lollobrigida.

Mi abuela esa tarde fría de diciembre de 1956 en el que todavía se pasaban muchas penalidades y estrecheces, se vistió con su mejor traje de chaqueta marrón y logró que mi abuelo, que lo único que quería era quedarse en casa escuchando la radio, la llevase a ver la película al estreno y desde ese momento hasta el día de su muerte nunca olvidó aquella tarde mágica en las butacas del Capitol. En una carpeta guardó durante años recortes de las revistas y los periódicos sobre el estreno, la película y los actores. En las tardes de invierno de los años sucesivos cuando mis padres me llevaban a su casa, ella sacaba del armario del pasillo la carpeta secreta y las dos admirábamos los recortes y ella me contaba la película una y otra vez durante toda la tarde.

Esta fue la primera aparición en un papel importante de Tony Curtis, mi actor favorito, la película dirigida por Carol Reed. Desde la primera vez que le vi en las fotos en blanco y negro de mi abuela se convirtió para mí en el hombre más guapo del planeta (forraba la carpeta con sus fotos, recortaba las noticias sobre él en las revistas de mi abuela...). Hasta el punto de que cuando de adolescente buscaba un novio siempre pensaba en alguien parecido a Tony Curtis. Luego curiosidades de la vida se me pasó esa obsesión, como muchas otras como las de salvar al mundo, ser médico, ser trapeecista, ser payaso en un circo itinerante..., y me enrollé en esta montaña rusa que ha sido mi vida estos últimos veinte años, acabé mis estudios en el colegio, aprobé el examen para convertirme en azafata, estudié cuatro idiomas (inglés, francés, alemán y japonés), y me pasé dieciocho años volando de un lado a otro del mundo, saltando de novio en novio, de lío en lío y de tienda en tienda hasta que hace tres años tuve el flechazo en el avión con Alfredo y me centré un poco.

Pero esa noche de mayo curiosamente había vuelto a soñar con Tony Curtis por segunda vez. Y esta vez con la tórrida escena del actor en Con faldas y a lo loco y yo era nada menos que Marilyn, y no estaba aprisionada contra la pared del hotel sino tirada encima de Marcelo—Tony Curtis intentando que con mis besos sintiese algo especial. Y en ese momento cuando Marcelo se iba acercando zas volvió a sonar el teléfono y me despertó.

—No voy a enterar nunca si besa bien este chico nunca... —pensé contrariada.

—Bueno, ya sabes mañana por la noche a las nueve en punto en el restaurante Il Macarroni en Callao. Estaremos en una mesa al fondo. Nos lo vamos a pasar genial. ¡¡Somos más de treinta!! Y no te olvides ven con tu chico que tenemos todos muchas ganas de conocerlo — soltó mi amiga Enriqueta García Pérez rápidamente sin esperar a oír mi voz.

Enriqueta García Pérez, Miranda Robin en Facebook y después de decir estas palabras me colgó. La perfecta delegada, la inaccesible rubia de ojos verdes, la que siempre lo había organizado todo desde infantil a bachillerato. Las cenas, los encuentros, los viajes, las protestas a los profesores para poder ir al baño entre horas, para que nos cambiasen de fecha un examen si ponían dos juntos el mismo día... Vamos una petarda de la que no había podido zafarme en todos estos años y que al final siempre me encontraba.

Por eso mientras me tomaba este café pensaba en una estrategia para salvar esta situación embarazosa. Pensaba en qué hubiese hecho mi abuela. Mi abuela, tan original, tan ella misma siempre. Y rápidamente me di cuenta que mi abuela se hubiese tirado sin red, sin pensarlo tanto. Se hubiese soltado del trapecio y se hubiese lanzado sin dudarlo.

Una vez me contó que mi abuelo no la hacía ni caso cuando le conoció. Ambos trabajaban en el aeropuerto desde el año 1940 y mi abuelo era un hombre muy serio con bigote que iba todo el día de un lado para otro con las maletas y ella se hacía la encontradiza. Y ella no lo entendía, era guapa, resultona, simpática, peliroja, con unas piernas de vértigo. Se chocaba continuamente con él, se hacía la despistada en la cafetería, le paraba con cualquier excusa tonta, se ponía a su lado en el mostrador. Hasta que un día se le ocurrió una idea genial y ante el asombro de sus compañeros se colocó en el lugar por donde pasaba todos los días mi abuelo y comenzó a lanzar las pelotas de colores al aire y entonces mi abuelo se paró y se quedó mirando a la improvisada malabarista y salió corriendo fuera y le compró una rosa amarilla.

Aunque parezca increíble nunca más volvieron a separarse, nunca se dejaron de amar, trabajaron juntos en el aeropuerto hasta que se jubilaron y compartieron una pasión secreta: el mundo del circo, con sus trapecios, sus payasos, sus bolas de colores lanzadas al aire. Y en ese momento abrazada al cojín tumbada en el sillón mirando las fotos de Tony Curtis que había encontrado en una caja en el armario y que durante tantos años habían pertenecido a mi abuela, me di cuenta de que eso era lo que yo quería: un hombre como mi abuelo, un hombre sereno y tranquilo, un hombre seguro, que estuviese a mi lado toda la vida sin dudar ni un minuto que lo que quería era estar conmigo, un hombre que quisiese envejecer conmigo y que nunca me dejase de amar y con el que pudiese lanzar de vez en cuando al aire pelotas de colores.

Croissants

Sábado 5 de mayo, diez de la mañana

A las diez de la mañana ya estaba aporreando la puerta de mi vecina vestida con mi chándal malva y mis zapatillas de felpa de andar por casa. Amparo somnolienta y despeinada abrió la puerta con una especie de camisón raído marrón y descalza y el antifaz negro como si fuese una diadema.

—Pero tía, ¿qué te pasa últimamente? Estás como descentrada —me soltó nada más verme.

—Nada, nada. Que tengo un problemón. Gracias por dejarme pasar —Y sin pensarlo me planté en medio de su casa.

En ese momento vi como la figura de un chico sin camiseta atravesaba desde la habitación hacia baño. ¡Dios, era Marcelo! Y había dormido en casa de Amparo... Solos Amparo y él en esa casa llena de cachivaches y pocos muebles. En mi cabeza se agolpaba los pensamientos (algunos bastante pecaminosos): seguro que no son solo amigos, que están liados y yo aparezco a estas horas intempestivas de un sábado por la mañana a interrumpirles y molestarles...

—Bueno Amparo veo que estás ocupada. Mejore vengo en otro momento.... —y me di la vuelta hacia la puerta para volver sobre mis pasos.

Pero en ese momento de duda Amparo me cogió de la mano y me arrastró hasta la mesa de mimbre.

—Vale. Te invito a un croissant y un Nescafé. Y no te rayes con lo que acabas de ver que Marcelo es como mi hermano —me explicó bajando la voz.

Amparo sacó de nuevo sus dos tazas de Ikea grises (o las más ya me daba igual), el brick de leche desnatada y una bolsa de croissants del supermercado de la esquina.

—A ver dispara. —me soltó mientras me metía dos mini croissants en la boca enteros en un

lapsus de menos de veinte segundos.

—Esta noche es la fiesta de los 40 años que celebran con una cena de mis compañeros de colegio y yo iba a ir con Alfredo...

Y sin poder remediarlo comencé a llorar desesperadamente, a hipar y llorar desconsoladamente de nuevo. Amparo me miraba entre cansada y contrariada a la vez. Y en ese momento un pañuelo de tela blanco, de los antiguos con su letra M bordada con hilo azul y todo, apareció por detrás y se posó en mi mano.

—No puede haber nada tan triste para que llores así y llueva en esos ojos verdes tan hermosos —dijo Marcelo mientras me tendía el pañuelo.

Y de repente sentí su mano fuerte en mi hombro mientras me sonaba estruendosamente con su pañuelo de tela. Luego sin pensárselo se sentó con toda la tranquilidad del mundo enfrente con la silla al revés, al lado de Amparo que contaba con pelos y señales cuál era mi tragedia vital. Marcelo nos miró a las dos con detenimiento como si se tratase de un partido de tenis y tras unos dos minutos en los que parecía que pensaba, soltó mientras yo seguía sonándome los mocos con gran estruendo.

—No te preocupes. Yo voy contigo.

Separé el pañuelo de mi cara y le miré. Estaba sonriendo y me miraba tranquilo.

—Ya, ya muchas gracias de verdad Marcelo. Eres un encanto, eres muy amable pero es que yo, yo... Yo iba con Alfredo —y lancé las palmas de las manos hacia arriba con desconsuelo, llorando a moco tendido.

—Y bien, ¿no me parezco al tal Alfredo supongo? —preguntó sin darle mucha importancia.

—Hombre pues no... —solté un poco brusca.

Y vi como su boca se contraía hacia un lado, lo que por un lado me recordó por un momento me recordó a mi hermana y sus gestos extraños, y por otro lado me dio pena porque el chico me quería solo ayudar y yo le estaba haciendo un feo sin razón alguna.

—Pero no te preocupes porque tú eres diferente pero mucho más guapo... —intenté suavizar con mis palabras.

—Ya, ya pero no me parezco...—dijo mirándome a los ojos.

—No es por entrometerme en esta gran y profunda conversación que mantenéis—soltó un poco cabreada Amparo— pero estaba pensando si tus compañeros conocen a Alfredo porque vamos yo sólo tuve la ocasión de verle una vez y solo me fijé en que parecía un poco salido... Vamos que como no les hayas mandado una foto... no tienen ni idea de cómo es Alfredo.

—Pues la verdad es que no. Nunca le han visto creo... —dije después de pensarlo un rato.

—¿Y tiene alguna foto de él en tu blog no sé, en tu perfil de Facebook? — me preguntó inquisitiva como si estuviésemos en un interrogatorio.

—Pues entonces no se hablé más, —dijo Marcelo y me tiró acto seguido de la mano para que fuese hacia la puerta—. Te pegas un buen baño de agua caliente y sales minerales de esas que tanto os gustan a las chicas, y te vistes como una diosa y a la hora que me digas estoy aquí enfrente del portal esperándote en mi coche para llevarte a la cena. En el camino me vas contando cómo es el Alfredo ese y no te preocupes que soy un gran actor y seguro que lo bordo... —soltó con mucha seguridad.

—Bueno no sé qué decir. Esto es no sé sorprendente... No me lo esperaba. Pero bueno todo lo que me ocurre últimamente es tan raro... —solté sorprendida encogiéndome de hombros—.

—¿A qué hora es el evento? —preguntó Marcelo.

—A las nueve creo —contesté escueta y me puse a mirarlo en el Facebook del móvil—.

Amparo y Marcelo se pusieron a hablar, mientras yo miraba el móvil, del día de ayer y de un señor que no quería darles nada y otro que quería comprarles las pelotas de colores para que se fueran a casa de una vez.

—¿A las nueve en el portal entonces? —le pregunté con timidez

—Sí mi diosa —y me plantó un beso en la mano.

Me agarró de la mano otra vez y me llevó hacia la puerta sin más vacilaciones.

Y yo me fui caminando por el pasillo arrastrando las zapatillas de felpa por la moqueta. Con la certeza de que Marcelo en ese momento estaba mirando mis piernas desde la puerta.

La escoba de la portera

Sábado 5 de mayo, diez cuarenta y cinco de la mañana

Al empujar la puerta del apartamento de Amparo sentí que una gran sombra se desplazaba.

Y una vez que Marcelo cerró la puerta la vi claramente: pegada a la puerta de incendios y detrás de una planta enorme estaba la portera vestida con un vestido de flores.

—¿Le has visto? ¿Le has visto? —se plantó en medio del pasillo interrumpiéndome el paso con su escoba y su vestido.

—¿A quién? —pregunté haciéndome la despistada.

—No te hagas la loca guapa... Al actor ese tan guapo que está liado con la vecinita rarita.

Dios los cría y ellos se juntan... —dijo con un tono entre irónico y fantasmal mientras daba un golpe con la escoba en el suelo.

—Ah, Marcelo... —dije haciéndome la despistada.

La portera en jarras y con cara de interrogación me seguía bloqueando el pasillo con su escoba y su vestido.

—Hemos estado desayunando los tres un café y unos croissants, pero yo ya me voy a casa que tengo muchas cosas que hacer —solté rápidamente mirando al suelo.

—Ya pero vayamos a los detalles... "Lo importante en los crímenes siempre está en los detalles" decía mi tía abuela que en paz descansa cuando oíamos de joven la novela de terror en la radio. ¿Ha dormido con ella? —me preguntó mirándome a los ojos.

—Pues no sé qué decirle... Yo he llegado por la mañana porque le había dejado a Amparo unas tazas de desayuno el otro día, y quería que me las devolviese, y él estaba allí desayunando... pero no lo sé la verdad —contesté haciéndome la despistada de nuevo.

Menuda cotilla era esta señora.

—Entre nosotras ese chico me escama: guapo, actor, inteligente, con un deportivo rojo

imponente... ¿Qué puede hacer con esa chica que no vale nada? —preguntó poniéndose la mano apoyada en la mejilla.

—Pues no lo sé la verdad pero Amparo es una buena chica... Pero tampoco la verdad sé si están juntos o simplemente son amigos. La verdad, entre nosotras, —dije en plan confidencia apoyando mi mano en su brazo pensando que así me libraría de ella antes—. No, no tengo ni idea pero me temo que sí que son amigos muy muy íntimos.

—Pues yo creo que sí porque siempre está por aquí y me tiene muy escamada. Muuucho, demasiado... Por la mañana, por la tarde, por la noche. El día ese que vinieron a buscarte esas amigas tuyas tan ruidosas, que suelen venir los sábados, él estaba en doble fila esperando con su cochazo rojo. Supongo que a Amparo claro —y ahora ella me puso la mano encima de mi brazo y se encogió de hombros—. Pero lo raro, —siguió— es que nada más arrancar vuestro coche, al minuto, se fue detrás de vosotras sin esperar a que bajase la vecina rara.

Yo me encogí de hombros también.

—La verdad es que poco más le puedo decir porque yo casi le acabo de conocer y la verdad es que Amparo y yo tampoco somos muy amigas. Tomamos café de vez en cuando solo eso... —le dije casi disculpándome por no poderle ampliar el cotilleo.

—Y no lo digo porque no me parezca un chico majo, pero me escama que esté detrás de tu vecina, que la verdad no vale nada y es un poco rarita. Pero como decía mi tía abuela Julita, que se quedó toda la vida en el pueblo porque la dejó su novio por un soldado que venía de familia de posibles al que encontró con él una tarde de domingo en la cama de hierro de sus padres, "por dinero baila el perro". Y la chica es feíta y rara pero según el administrador su familia está forrada.

—Bueno pues no sé... Estaré atenta. Me acordaré de sus consejos —le volví a contestar esperando que el interrogatorio terminase pronto.

—Sí pero eso no es todo: ten cuidado — Y me volvió a poner la mano en el brazo—. Le he visto mirando los nombres de los vecinos en los buzones, vestido como una especie de trapecista gay, escondido el otro día detrás de esta planta observando como tú salías de casa de la vecinita... Algo busca, algo trama —soltó como una sentencia.

—Gracias, gracias de verdad por preocuparse. Tendré cuidado —dije intentando cortar esta incómoda conversación apoyando mi mano en su antebrazo con fuerza a modo de confianza de nuevo.

—Cosas más raras han visto estos ojos. —y los abrió mucho para que me fijase—. Confía en mi sexto sentido... que nunca falla— y me guiñó el ojo derecho.

Seguí caminando por el pasillo dando pasitos cortos con mis zapatillas de felpa deseando escaparme de la mirada de la portera y de su escoba.

Una diosa

Sábado 5 de mayo, siete de la tarde

A las siete comencé con los preparativos para la gran cena. Dos horas serían más que suficientes para aparecer como “una diosa” como me había pedido Marcelo. Lo primero fue intentar dormir, una buena siesta me ayudaría a parecer relajada. Luego tomé un baño relajante con sales de baño traídas directamente del Mar Rojo (por Alfredo sí por Alfredo), seguido de diversos tratamientos: mascarilla facial relajante al oro ruso, otro baño revitalizante de quince minutos, mascarilla de queratina salvaje para el cabello...

Bueno una hora de tratamientos diversos y continuos, media hora para secarme el pelo y peinar mi larga melena rizada, dos minutos la aplicación del serum facial antifatiga comprado en NY, y media hora más para vestirme con ese pensado look pensado para una entrada estelar a lo Julia Roberts en el restaurante con mi minifalda azul, top de tirantes blanco, botazas de tacón y cazadora vaquera...

Por eso cuando terminé de vestirme y me miré en el enorme espejo de pie de madera de caoba que me había regalado mi abuela cuando cumplí los quince años, no puede más que soltar una lagrimita, la que ella hubiese soltado seguro. Pero aunque el resultado era estupendo, lo triste era que nunca, nunca lo iba a ver Alfredo. Mi Alfredo, imposible de olvidar aunque el hombre más amable y más guapo del mundo (también sin duro según parecía de sus trabajillos en el semáforo de la Plaza Castilla con mi amiga Amparo) me fuese a llevar a esa horrible fiesta de los cuarenta años.

Cuarenta años, ¿cómo habíamos podido cumplir tantos años? ¿Cómo iba a tener cuarenta años Adelina Cuesta con sus trenzas, sus chuches escondidas en el pupitre y su dedo siempre en alto para contestar en clase? ¿Tendría hijos, arruguitas al lado de los ojos, un amante...? Y de repente empecé a pensar qué había hecho con mi vida en estos años si yo realmente no quería ser azafata de pequeña sino médico, veterinaria, trapecionista o payasa lanzadora de pelotas de colores, por ese orden, y solo quería salvar vidas de perros, de gatos, de niños hambrientos o hacer reír y disfrutar a los pequeñajos, a los padres y a los mayores. Y aunque mi trabajo de azafata me encantaba se había vuelto algo rutinario en el que el único aliciente se había convertido encontrarme en los viajes con Alfredo e ir de compras por todas las tiendas del Soho.

Pero ya era demasiado tarde. ¿Cómo iba yo ahora a cambiar mi vida? Ahora que no tenía trabajo, que Alfredo me había dejado, que el mundo estaba arrasado por una crisis económica sin precedentes... Parecía que todos los pilares de mi vida de repente se habían tambaleado sin remedio.

Y así sentada en la sillita blanca de mi tocador sumida en mis pensamientos tristes y cuarentones, empecé a oír por el balcón el pitido del coche de Marcelo.

—Mónica que ya estoy aquí... —escuchó a lo lejos su voz a través del balcón.

¡Qué manía tenía gente con pitar debajo de mi ventana! Así no había manera de pasar desapercibida para la portera... Seguro que ya estaba montando guardia en el portal para ver qué pasaba. Resignada cogí el bolso, levanté de nuevo la mirada para contemplar el resultado de toda mi tarde de tratamientos corporales, faciales y capilares, y me vi de nuevo como una diosa en el espejo de mi abuela. Una diosa sin Alfredo, pero una diosa. La diosa que llevaba dentro.

Cerré la puerta y bajé lentamente los dos tramos de escaleras hasta llegar al portal ante la fija mirada de Marcelo que estaba apoyado en la puerta. Marcelo acompañado de la portera y su escoba en la mano derecha que me miraba terriblemente indignada. La portera parada como si hubiese visto a un fantasma y con las orejas totalmente coloradas, como si en su vida hubiese visto nada semejante. Me podía jugar lo que fuese a que había estado allí intentando sonsacarle a Marcelo dónde íbamos o qué pasaba.

—Hola Mónica, ¿dónde vas tan arreglada? —me preguntó con retintín.

Antes de que pudiese contestar, Marcelo me ofreció galante su brazo y me arrastró fuera del portal. La portera, que no se daba nunca por vencida, siguió persiguiéndonos por el portal, preguntando cosas como dónde vais, no sabéis que esta noche va a hacer frío para ir tan destapada niña, no va vuestra amiga con vosotros... Yo le contestaba con monosílabos, sí y no, hasta que Marcelo ya dentro del coche le soltó un tajante buenas noches señora, que lo pase bien y arrancó el motor del coche.

Yo estaba feliz. Casi no me podía creer que por primera vez salía del portal de esta casa en la que vivía desde hace cinco años como una diosa acompañada. Sin Alfredo, pero como una diosa acompañada. Y al llegar al semáforo me olvidé de que a lo lejos se seguían

oyendo como un murmullo las palabras y recomendaciones de la portera.

La cena mágica

Sábado 5 de mayo, nueve de la noche

La entrada en el restaurante resultó espectacular. Sin dudarlo, espectacular. Incluso podríamos decir que demasiado espectacular... Las botas eran demasiado altas y uno de mis tobillos acostumbrados desde hace una semana a las zapatillas de felpa de estar por casa (el cuerpo no es tonto y pronto se hace a la comodidad y yo llevaba machacando mis pies años con tanta bota de cuero), y al llegar al último escalón de bajada para entrar en el restaurante enfrente de la mesa que habían reservado mis compañeros, encima de la cual se podía leer "Tenemos ya cuarenta, pero somos los mejores" tropecé y caí en plancha ante la atenta mirada de todos (que gracias al cielo habían madurado y no se partieron de risa como cuando me caí por las escaleras del colegio cinco pisos de culo). Cuando reaccioné me encontré tirada en el suelo todo lo larga que yo era con la nariz pegada al suelo y las palmas de la mano apoyadas como una rana.

Y todo bajo la mirada atenta de mis compañeros no de mis compañeras, porque ellas miraban estupefactas a Marcelo como si hubiese entrado un fantasma en el restaurante y no se habían fijado en mi caída.

Mientras me levantaba Marcelo con cuidado, oí el murmullo de sus voces que me llegaba en la distancia y me pareció también oír la risa inconfundible de Laura que se estaba partiendo con mi caída. Me recompuse como pude y me re Coloqué la falda y el top, me eché muy digna la melena hacia atrás y seguí caminando. Agarrados los dos del brazo muy juntitos nos acercamos a la mesa intentando aparentar normalidad y todos se levantaron y nos dieron besos y más besos. Laura, Inés, Adelina Cuesta, María, mi querida Marta, las dos Cármenes, Sergio, Rosalinda, Mariana, las gemelas García... Todos estaban todos. Todos menos Darío y Francisco Javier, que no habían podido venir.

—Vaya, yo que tenía tantas ganas de ver a Darío, —pensé un poco decepcionada.

—Te veo más alta —me dijo Adelina Cuesta no sin cierto recochineo como siempre.

—¡Qué va Adelina! Si Mónica siempre era la más alta de la clase. No te acuerdas de la foto de la comunión en la que parecía nuestra madre. Todas chiquititas y ella en el medio

sacándonos una cabeza —soltó Inés que seguía tan graciosa y amable como siempre con sus pecas y todo.

Todas nos reímos acordándonos de la foto y lo bien que nos lo habíamos pasado ese día mientras el fotógrafo intentaba colocarnos una y otra vez para intentar que no se notara tanto la diferencia de estaturas. Nos saludamos de nuevo, nos abrazamos y nos repetimos los unos a los otros que nos encontrábamos todos y todas igual, que parecía que no había pasado el tiempo. Y era cierto parecía que estábamos juntas de nuevo, como si estos más de veinte años no hubiesen pasado, como si no hubiesen existido los novios, los maridos, los trabajos y los hijos y estuviésemos todas jugando en el patio del colegio.

Y así en ese estupendo ambiente comenzó la cena de los cuarenta años con sus risas, sus cotilleos, sus “te acuerdas del profesor de filosofía al que se le ponían rojas las orejas cuando se ponía nervioso”, “y de la de música que no paraba de un lado para otro y ponía su tocadiscos a todo trapo con canciones de Julio Iglesias y comenzaba a bailar emocionada por toda la clase ‘Me va me va me va’”. Todas nos reíamos acordándonos de esos días en los que habíamos sido tan felices, en los que habíamos pasado tantos momentos juntas en los exámenes, en los recreos, en las excursiones, en las broncas de los profesores... Los chicos al otro lado de la mesa estallaban en carcajadas de vez en cuando. Los chicos se habían incorporado a nuestro colegio en COU que se había vuelto mixto y durante muchos años nuestra clase había sido solo de chicas.

A nuestro alrededor Adelina Cuesta armada con su cámara hacia fotos a todos los asistentes sin parar para subirlas al blog que habían creado ‘Encuentro antiguos alumnos 1972’.

—Mónica y Adelina, sonreír a la cámara que esto es para la posteridad —nos soltó mientras nos hacía una foto.

Foto las chicas juntas, fotos los chicos juntos, fotos de todos juntos, fotos de tres o cuatro, fotos de Laura haciendo el tonto, fotos de Marcelo con cada una de las chicas... Nos tenía fritos con tantas fotos.

Tras los entrantes (que ni probé porque era colesterol puro —chistorra frita, calamares, huevos rotos con patatas y chorizo—), nos pusieron un chuletón enorme de medio kilo por lo menos que hizo saltar todas las alarmas de mi conciencia y que fui partiendo y tomando trocito minúsculo a trocito minúsculo pensando que mañana ya me sentiría culpable porque

hoy estaba disfrutando un montón y no quería pasar por la típica cuarentona anoréxica. Cada una contó un poco su vida actual y yo lo bordé contando que era azafata que hacía el mejor trayecto Madrid-Nueva York-Philadelphia-Washington-Nueva York-Madrid, que estaba muy valorada en la compañía y por mis jefes, que estaba desde hace un año y unos meses con Alfredo que era piloto y era el hombre de mi vida, que nunca había soñado una vida tan perfecta. Todas me miraban con admiración y Adelina Cuesta exhibía una de sus sonrisas cínicas.

—¿Os acordáis cuando Mónica llegó un día a clase y le dijo a la estirada de naturales que quería ser malabarista o payasa no sé?

Carcajada general de todo el grupo, incluido Marcelo que se había sentado con los chicos y estaba todo el rato hablando muy integrado pero que al oír las risas habían vuelto la cabeza y nos estaban escuchando con atención.

Entonces me acordé por un momento de ese día y como con trece años me acerqué a la profesora de Naturales a la que yo adoraba y le solté que quería ser malabarista. Que había encontrado mi vocación y que quería trabajar en el circo y recorrer todo el mundo con la caravana y mis pelotas de colores. La profesora abrió lentamente los ojos y me miró perpleja:

—Hija mía es bueno que sueñes un poco. A tu edad yo quería ser policía, ya ves lo que son las cosas. Pero yo creo que tú acabarás en una compañía aérea porque toda tu familia trabaja en una y lo que te pasa es que no sabes cómo canalizar esas ganas de aventura y se te ha ocurrido esa tontería.

La verdad es que la mujer como vidente no tenía precio porque clavó mi destino, por lo menos mi destino de los últimos veinte años y yo empecé a acompañar a mis abuelos y a mis padres a la terminal de Barajas muchos fines de semana. Como ella pronosticó un día comencé a interesarme por todo ese universo aéreo y pronto pensé que mi vocación era ser azafata, conocer todo el mundo y caminar por la terminal acompañada de mi maleta como la vecina del cuarto que nunca estaba en casa y parecía muy feliz cuando me la encontraba en el ascensor.

Luego Adelina Cuesta tomó la palabra de nuevo triunfal hablando solo hacia la zona de las

chicas (los chicos ya estaba dando buena cuenta de los licores y riendo a carcajadas), y nos contó a las de mi zona de la mesa en confidencia “yo me he encontrado con Regina la del C hace dos meses. Os acordáis la que siempre llevaba cola de caballo y tenía los ojos muy grandes y un poco abombados. Sí, ya veis en el Corte Inglés hace dos semanas, en el departamento de uniformes de colegio que el niño se había roto el pantalón del chándal jugando al fútbol y tenía un roto del tamaño de una pelota de tenis. Y es un rollo porque tienes que esperar una cola tremenda porque las dependientas no te hacen ni caso... Pero bueno mereció la pena porque allí me enteré del culebrón...: “Está liada con un casado...”. Sonó un gran murmullo en el lado femenino de la mesa.

—Y sabéis cómo me di cuenta... porque ella no dijo me dijo nada pero le acompañaba el director de marketing de mi empresa nada más y nada menos”. Y allí estaban los dos, en la cola de los uniformes de El Corte Inglés tan tranquilos hablando como si nada. Pero yo que sabía que él estaba liado con una ingeniera de minas até cabos. Me acordé de que Regina quería estudiar para Ingeniería Agrícola pero al final acabó en minas.

Otro murmullo igual de intenso se hizo en la sala.

Y la cosa no acaba en toda esa película... El otro día en la cola de la fotocopidora me entero que coge él y la deja por otra de su edad que trabaja también en mi empresa y está casada y tiene cuatro hijos... ”. “Cuatro hijos, ni uno ni dos ni tres. Pero les ha dado lo mismo y se han ido a vivir juntos en menos de una semana y los niños según mis compañeras ya le llaman papá”.

—Os pensaréis qué hacía yo en la cola de la fotocopidora pero es que tengo a la secretaria Marisa la pobre de baja porque torció un tobillo bajando un escalón de las escaleras del metro y tenía mucha prisa por tener las fotocopias para un acuerdo con los alemanes que venían esa tarde... Y claro nos hace cosillas desde casa con su ordenador portátil pero no puede venir a la oficina hasta dentro de dos meses.

En ese momento me atraganté y empecé a toser como una loca. Y ellas rápidamente me dieron golpecitos en la espalda y me trajeron un vaso de agua como cuando estábamos en el comedor del colegio y me atragantaba. ¡Qué casualidad que la dejase por una casada con cuatro hijos! Por un momento pensé que está se había enterado de mi historia y me estaba poniendo a prueba.

Y entonces Adelina Cuesta me miró y disparó a dar:

—Y tú mujer, ¿no tienes nada que contarnos? ¿Cómo lo has logrado?

—Lo del Facebook, lo del tal Fonseca... —dije pensando que Adelina Cuesta era una de mis amigas en la red social y cruzando los dedos para que no conociera mi culebrón con Alfredo

—. No sé hija debe un loco o algo así que se ha fijado en mí no sé. La verdad es que no le conozco de nada.

—No, no digas tonterías: Lo de Alfredo. ¡Qué escondidito que lo tenías! —me explicó emocionada.

—Ah, Alfredo, es un encanto, tan atento, tan bueno... Le conocí en la ruta Madrid-Nueva York-Philadelphia-Washington-Nueva York-Madrid. La mejor. 7 días por las mejores ciudades.

Un lujo para cualquier azafata de la compañía. —respondí haciéndome la interesante.

—Ya pero es que además es igualito a Tony Curtis y cuando le he visto bajando las escaleras con ese traje me he acordado de Con faldas y a lo loco y me he acordado tía de tu carpeta del cole, siempre forrada con fotos de ese actor tan antiguo que se ha muerto hace poco. Año tras año, que yo creo que ni cambiabas de carpeta... Es increíble el parecido.

—Sí, sí yo también me acuerdo —soltó Inés asombrada—. Tenías además una cajita forrada con una tela de flores pequeñitas y allí guardabas un montón de fotos del actor en todas sus películas. Cuando íbamos a estudiar a casa de tu abuela las sacabas de un armario y nos las enseñabas. ¿No te acuerdas Mónica? ¿No te acuerdas? —y como estaba sentada a mi lado me daba golpes en el brazo.

Y entonces me fijé en Marcelo que estaba riéndose con mis compañeros de clase a carcajada limpia, con su copa de licor en la mano (y sin cigarrillo lo cual le daba dos puntos extra), y me di cuenta de que realmente se parecía muchísimo al actor. Le escuché y me quedé impresionada porque les estaba contando a mis compañeros sus aventuras como piloto: el día que el copiloto y él vieron una luz inexplicable y el avión se quedó parado en el aire sin que ellos pudiesen hacer nada sin evitarlo o el día que tres manifestantes de una ONG tuvieron retenido el avión dando vueltas encima del aeropuerto Charles de Gaulle hasta que la policía les prometió atender sus peticiones. Estaba claro que Marcelo era un buen

actor, porque mis amigos se estaban tragando una a una todas sus palabras sin dudar de su actuación.

Y por un momento pensé en el destino, en lo raro que era todo y lo fácil que resultaba estar cerca de este chico que parecía no tener horarios como Alfredo, ni viajes inexcusables, ni reuniones del comité de empresa, ni esposa ni hijos, ni dolores de espalda que necesitaban fisioterapeuta urgente... En que no se lo había pensado dos veces y allí estaba sentado entre mis compañeros riéndose y haciéndose pasar por Alfredo para que yo no sufriera cuando realmente no me conocía de nada. Y al mirarle de nuevo la vi: la estrella de 'La carrera del siglo' relucía entre sus blancos dientes cuando sonreía y me miraba... Sí porque me miraba a mí, a la diosa que llevaba hoy dentro, entre todas las cabezas de mis compañeros y compañeras.

La luz mortecina del portal

Domingo 6 de mayo, tres de la madrugada

Cuando llegamos al oscuro portal de mi casa eran las tres de la mañana. Habíamos acabado la cena después de muchas risas y muchos cotilleos, y habíamos ido todos a bailar a un garito en el centro de la ciudad al que íbamos cuando éramos jóvenes y ahora era un centro de baile latino lleno de gente bailando con mucho tirón. Allí descubrí, aunque me lo imaginaba, que Marcelo era un experto bailarín cuando me sacó a la pista de baile y pude después de tantos años de clases, exhibir mis conocimientos de baile. Al segundo chachacha le tuve que cambiar las botas por sus tacones a Inés que tenía el mismo número que yo. El cuerpo de Marcelo me arrastraba por la pista y yo le seguía como una autómatas bailando de todo: chachacha, cumbia, bachata... e incluso un tango. Mis compañeras de colegio me miraban sorprendidas. Mis compañeros de colegio me recorrían el cuerpo con la mirada mientras bailábamos en la pista.

Pero después de tanto baile tenía los pies machacados, la planta me quemaba sin parar. Y como no podía aguantar las botas, que Inés se había resistido un poco a devolverme pero al final me las había dado, me las quité allí mismo en el portal y las sujeté con una mano.

—Muchas gracias de verdad, Marcelo. Ha sido una noche estupenda. Nunca pensé de verdad que fuese a salir todo tan bien. Has bordado de verdad el papel. Te los has metido a todos en el bolsillo —le comenté encantada.

—La verdad es que me lo he pasado genial Mónica. Muy divertido. Y he de reconocer que bailas genial. Yo que la primera vez que te vi me pareciste tan sosita... —soltó lo último con tal naturalidad que por un montón pensé si debía tomármelo bien o mal.

Y dicho esto se fue acercando peligrosamente hacia mi cuerpo sudoroso. Cada vez más, cada vez más cerca. Hablando sin parar. Y yo que me conocía, que sabía que ante un hombre atractivo como Marcelo que me persiguiera me era imposible detener mis instintos primarios de años de depredación, reculé un paso intentando detenerle. Al mismo tiempo me repetía una y otra vez: No puedes. Es un amigo de Amparo y ella seguro que si se entera me mata).

Pero él era tan tan guapo, tan apuesto, se había portado tan bien conmigo, bailaba tan bien y yo llevaba tantos días sola y deprimida que sin querer me vi atrapada en un beso imponente contra la pared del portal. El mejor beso que me habían dado en mi vida, sin duda alguna. Un beso en el que por unos segundos se paró el mundo alrededor y la habitación se nubló y por un momento parecía que solo estábamos nosotros dos en el mundo besándonos en el portal.

Y lo curioso es que no era un beso de Alfredo sino de Marcelo un aspirante a actor probablemente sin un duro que se parecía terriblemente a Tony Curtis. E inevitablemente a los cinco minutos, lo que tardamos en subir los dos tramos de la escalera yo descalza y él con paso firme, —sin querer, sin saber porqué lo hacía de nuevo, poseída por mi espíritu de depredadora irracional y mis ganas de pasar una noche acompañada—, estábamos tumbados en mi sillón de tres plazas besándonos como locos, quitándonos la ropa y lanzándola al aire, sudando sin parar. Y a los diez minutos inevitablemente de nuevo mi top y su camisa blanca volaban por la habitación. Y claro a los quince minutos él me cogió como a una reina medieval, como a una diosa en volandas para llevarme a la habitación y que comenzase la noche más loca y ardiente de toda mi vida.

Otra rosa amarilla

Domingo 6 de mayo, doce de la mañana

Cuando me desperté en mi cama Kingsize lo primero que hice fue palpar con la mano derecha el otro lado de la cama e increíblemente allí estaba. El torso desnudo de Marcelo roncaba a mi lado. Un poco estruendosamente, la verdad (aunque todo fuese perfecto no había que engañarse: roncaba). Me di media vuelta con mucho cuidado para no despertarle y le miré detenidamente. Tenía un perfil perfecto, una boca que parecía perfilada, unas pestañas larguísimas... Hasta roncando era guapo. Guapo, perfecto, simpático, caballero, una fiera en la cama...

Se movió un poco y subí corriendo la sábana blanca pensando en si de repente se despertaba y me encontraba desnuda con él en mi cama. Y pensé por un momento la tremenda tontería que se me había ocurrido. Porque hacía solo unas horas mi ropa interior y la suya habían volado por esa habitación hacia la lámpara, mi oso de peluche y el espejo de caoba de mi abuela. Y se había quedado enganchada, suspendida. Mi sujetador en la lámpara, mis bragas en el oso de peluche y su bóxer en el espejo de caoba.

Luego de repente empecé a pensar en qué no conocía realmente de nada a Marcelo y que allí le tenía en mi casa, en mi cama sin pensármelo dos veces. Y pensé en las palabras de advertencia de la portera cotilla, en su sexto sentido, advirtiéndome de que tuviese cuidado. Pero al momento me tranquilicé un poco porque si me ocurría algo ella siempre sabría quien habría sido el culpable o incluso oíría mis gritos desgarrados a través de la puerta. Seguro que ahora mismo estaba detrás de la enorme planta escuchando los ruidos procedentes de mi casa e intentando averiguar si el desconocido sospechoso había dormido en mi casa.

Despacito también cogí mi móvil de la mesilla y comencé a ver el montón de mensajes de cumpleaños del correo electrónico: mi hermana, Adelina Cuesta, mi primo, el sobrecargo, Inés... ¡Se me había olvidado que era mi cumpleaños! ¡Cuarenta añazos!

Luego me fijé en el Facebook y efectivamente este trasto avisaba del día de mi cumpleaños automáticamente y tenía un montón de mensajes de felicitación de gente que no conocía de nada: Isis Lunar, María López, Rosa López... Y luego uno muy largo de Amparo en el que me decía que era una gran amiga y mejor persona que hacía unos cafés magníficos sobre

todo el Rosabaya y que este año todo iba a cambiar para mí y para ella que para eso era mi vecina. Tenía unos diez párrafos sin contarlos...

Y allí en una isla, en una esquina de mi muro estaba su poema, el poema de Fonseca:

La rosa amarillo nació del mar

Violento su color y forma de hablar

Pero el aire la detiene porque la quiere mirar

Hermosa y encendida se tiñe una vez más

Amarilla y perversa en el ojo del mar

Nos contempla y nos mira desde el más allá

Poema 'Rosa que nace' de R. González

Adormecida le di al Me gusta y me fui somnolienta al baño arrastrando los pies. Me había acostado maquillada y los restos del rímel negro corrían debajo de mis pestañas dándome un aspecto un poco gótico. Menos mal que me había visto en el espejo antes de que se despertase Marcelo. Me lavé la cara, me eché mi crema hidratante, tiré la sábana al suelo y me puse mi bata de raso rosa.

Salí hacia la cocina para hacerme un café y allí en la mesa me encontré dos mantelillos de cuadros, dos cafés humeantes y un vaso largo de cristal del que sobresalía una rosa roja. Y a su lado un folio blanco doblado por la mitad en el que estaba escrito. "Felicidades. Por ti, para ti, para siempre. Me gustas".

En ese momento mi móvil sonó dentro del bolsillo de mi bata de raso rosa. Lo abrí, lo miré y me encontré que Fonseca había dado al Me gusta en mi comentario y había añadido: "Tú eres mi rosa amarilla".

Me acerqué a la puerta de mi cuarto y allí me encontré a Marcelo sentado en la cama móvil en mano sonriéndome. Y a una señal de su mano me acerqué, me tumbé encima de él y comencé a darle besos muy pequeños cada vez más cerca de su boca hasta que al final me acerqué y nos dimos el segundo beso más sensual de mi vida. Un beso de película. Y a los dos minutos mi bata rosa de raso volaba por la habitación y cubría el espejo de caoba de mi abuela.

Segunda escala
De Madrid al cielo

Din don

Domingo 6 de mayo, seis de la tarde

El timbre de la puerta sonó como si el mundo se fuese a terminar o el edificio se estuviese incendiando y alguien tuviese mucha prisa en que saliese de mi casa. Din Don, Din Don.

Seguro, —me dije a mí misma—, que son las chicas que vienen a felicitarme por mi cumple. Siempre con prisas, siempre con prisas — rezongué mientras me ponía las zapatillas de felpa e iba a abrir la puerta.

Abrí la puerta con mi mejor sonrisa y allí me encontré un ramo de rosas amarillas de dimensiones brutales. Dejé rápidamente de sonreír pensando en la cara del mensajero de los cascos cuando me extendiera el ramo. Pero el colosal ramo se fue acercando y detrás con su imponente traje blanco de piloto estaba Alfredo. Impactada di un paso hacia atrás de manera instintiva. Pero él se acercó con su olor a colonia de vainilla, sus andares seguros, su traje de piloto y yo sin poderlo evitar dejé que me abrazara durante unos minutos intentando sostener al mismo tiempo el ramo de rosas amarillas colosal.

Detrás de la planta por un momento me pareció ver la escoba de la portera y empujé con prisa a Alfredo dentro de la casa. Cogidos de la mano entramos en el salón y dejé el ramo de rosas amarillas encima de la mesa al lado de la rosa roja que se encontraba encima de la nota de Marcelo.

Ay Marcelo— pensé por un minuto. Marcelo del que me había despedido hace menos de una hora en el dintel de la puerta durante diez minutos.

—Me voy —repetía— y me daba un beso y yo se lo devolvía y así una y otra vez hasta que ya vimos la escoba de la portera y decidimos separar nuestros cuerpos y él comenzó a caminar por el largo pasillo. Y yo cerré la puerta y vi claramente como la portera estaba detrás de la planta porque ni corta ni perezosa en cuanto no me vio en la puerta, salió de detrás de la planta con su escoba y le saludó. Y él la hizo una graciosa reverencia y siguió caminando hasta la puerta de Amparo y con una llave (sí con una llave) abrió la puerta y entró en la casa de mi vecina.

Pero con la mejor de mis sonrisas me di la vuelta y allí esta Alfredo con la cara entre las

manos lloriqueando.

—No sabes Mónica... Menudo desastre —y comenzó a hipar con estruendo sentado en mi sofá cogiendo klinex con olor a lavanda uno tras otro.

Por un momento pensé en escapar, inventarme que me faltaba algo y salir por la puerta e irme a casa de Amparo pero aquí estaba Alfredo o lo que quedaba de Alfredo llorando en mi sofá desconsoladamente y aunque solo fuese por los años que habíamos pasado juntos, por las botas que me había ayudado a elegir en nuestras largas horas de compras tenía que hacer un esfuerzo y sentarme con él en el sillón y escucharle un poco.

—Ya ves al final Nadia me ha dejado y ha vuelto con su marido. No podía aguantar la presión, su familia, los compañeros, los medios de comunicación que la perseguían... Me dijo que su vida se había convertido en un caos —y seguía llorando, llorando e hipando. Por un momento la sonrisa se dibujó en mi cara sin que me pudiese dominar y me tuve que dar la vuelta y taparme la boca con un klinex con olor a lavanda. Pero volví y sin pensarlo mucho le cogí de la mano y recordé esos días en los que yo tampoco podía parar de llorar en este mismo sofá... Y por un momento al verle tan desvalido y tan solo me dio pena, mucha pena.

—Que no sabe si me quiere y que su marido está destrozado. Ese médico pamplinas tan absurdo. Y que él no sabe vivir sin su familia, sin desayunar con sus cuatro niños por la mañana y hacerle sus colacaos...

Por un momento empecé a sentir nauseas y parecía que los objetos de la habitación se movían a mi alrededor, pensando en mi ex amiga la azafata cabrona pero me recompuse, su maridín médico y sus cuatro hijos chillones, pero empecé a respirar (inspirar, expirar, inspirar, expirar) y seguí escuchando sus lamentos imparables. Cuando vi que se iba calmando le cogí de la mano con tranquilidad, suspiré dos veces seguidas, le miré fijamente a los ojos y le dije:

—Alfredo aunque no te lo creas el mundo no se acaba hoy. Ni mañana ni pasado ni dentro de un mes y hay que seguir adelante todos los días. Levantarse de la cama todos los días, uno tras otro y seguir adelante porque la vida sigue queramos o no... No podemos elegir —y me acordé cuando esta frase que tenía clavada en mi cabeza me la había dicho mi bruta

pero sabia hermana cuando yo no paraba de llorar desconsoladamente por él, por él justamente él.

Él se me quedó mirando con sus grandes ojos marrones como si hubiese visto la luz y soltó parando inmediatamente de llorar e hipar:

—He hablado con el gerente de la compañía— y me cogió de la mano—. Me debe un favor gordo por un gran problema que tuvimos con un avión y yo evité que saliese en los medios y que la compañía se fuese a pique. Un marronazo tremendo... —comenzó a explicarme confidente.

Yo le miraba estupefacta.

—Le voy a pedir que te vuelva a contratar.

Lancé un suspiro.

—Te necesito Mónica. Te echo de menos. Nada ha sido igual desde que no estás conmigo.

El mundo se ha hundido y no lo puedo parar —me dijo cogiéndome la mano de nuevo.

-
Hombre te lo agradezco pero ha sido un ERE y muchos compañeros se han ido a la calle y claro no sé si se podrá hacer... — le contesté sin hacerle mucho caso.

No, no te preocupes. No creo que sea inmediato pero vamos si no es en la compañía en una de las filiales – me soltó muy seguro.

-
—Gracias, gracias – de mi boca solo salía mi profundo agradecimiento. Volverme a ver con mi uniforme señalando la salida de emergencias a los pasajeros, paseando con mi bandeja por las filas de preferentes... —comencé a mover la pierna como cuando en el cole me ponía muy nerviosa porque iban a preguntar y no quería que nadie se diese cuenta.

—Tú y yo de nuevo en el aire —me agarró con fuerza la mano.

—Tú y yo de nuevo un equipo —y me plantó un beso en los labios largo y lento como todos los suyos con ese olor a colonia de vainilla flotando en el aire y esos ojos marrones cerrados.

Y cuando terminó se levantó de un salto como si su drama hubiese acabado y me soltó.

—Ahora voy a ir a casa a ver a mi mujer y al niño que llevo un montón sin verlos y luego te llamo a ver si quieres que vayamos a tomar algo por ese cuarenta años tan espléndido de mi chica —y me miró de arriba abajo como si me desnudase con la mirada como él solamente él sabía hacer y me soltó una palmada en el culo.

Y como una autómatas le abrí la puerta y él me soltó otro beso en los labios ahora corto, como si alguien nos pudiese descubrir y salió corriendo por el pasillo dándose la vuelta una vez para guiñarme el ojo.

Y entonces vi de nuevo la escoba, saliendo tímidamente de la planta cuando Alfredo hubo pasado y tras ella salió la portera que alto y claro dijo en el pasillo:

—Vaya, vaya con la mosquita muerta... —y ella y su escoba se pusieron en marcha por donde se había marchado Alfredo.

Entre en mi casa arrastrando los pies. Hace menos de diez días hubiese saltado y gritado como una colegiala después de la visita de Alfredo. Pero ahora mi vida se ahogaba en un mar de confusiones. Por un lado Marcelo ese encanto, ese volcán en la cama y en la pista con él que me había acostado hace menos de doce horas. Y por otro lado Alfredo con su olor de vainilla, su uniforme y esa voz que se metía en mi cabeza y me paralizaba. Y me dejaba sin voz sin sentimientos sin capacidad de reacción. Y luego esa posibilidad de volver a recuperar mi mundo, mi trabajo, mi carrera, para por cierto dejar de ser una parada (que todavía no se había inscrito en el paro). Una cuarentona sin futuro que se pasaba todo el día en bata y zapatillas. Y volver a pasear por la T4 haciendo ruido con mis tacones sintiendo como la gente me miraba caminar.

Confusa cogí el móvil que no paraba de sonar con ese ruidito molesto que anunciaba que estaban entrando mensajes a mi correo, al Facebook, al Whatsapp, a todas partes.

Y al abrirlo me encontré con un primer mensaje del Whatsapp de Marcelo:

—Buenas tardes princesa. Ya te echo de menos.

Lo había mandado a las 17.30 horas, por lo que no hacía ni diez minutos que había salido de mi casa. Le mandé un emoticono muy gracioso y un corazón.

También un escueto whatsapp de Alfredo: "El mundo comienza mañana. Esta tarde al final no voy a poder quedar. Alfredo".

Él siempre firmaba los correos, las cartas, los partes, los whatsapps, sus mensajes a los pasajeros por megafonía: "Les habla el comandante Pérez, Alfredo Pérez, la persona que les va a llevar a ayudar a cumplir sus sueños, a volar a ese lugar mágico donde les espera otra vida". Él era muy original y la compañía le permitía esa licencia poética tan poco habitual en los comandantes de los vuelos internacionales. También porque era accionista mayoritario de la misma y porque la familia de su mujer era una de las propietarias.

Después yo muy nerviosa decía sin ninguna gracia el discurso oficial: "En nombre de la compañía, el comandante Pérez y toda la tripulación, les damos la bienvenida a bordo de este vuelo con destino a Nueva York, cuya duración estimada es de 8 horas, 30 minutos. Por motivos de seguridad, y para evitar interferencias con los sistemas del avión, los dispositivos electrónicos portátiles no podrán utilizarse durante las fases de despegue y aterrizaje. Los teléfonos móviles deberán permanecer desconectados desde el cierre de puertas hasta su apertura en el aeropuerto de destino. Por favor, comprueben que su mesa está plegada, el respaldo de su asiento totalmente vertical y su cinturón de seguridad abrochado. Les recordamos que no está permitido fumar a bordo".

Como una autómatas caminé hacia mi cuarto y me puse delante del espejo y soltaba la frase que siempre hubiese querido pronunciar: "Señoras y señores, les habla el sobrecargo.

Cumpliendo normas de Aviación Civil vamos a efectuar una demostración sobre la localización y uso de Salidas de Emergencia, Chalecos Salvavidas, Máscaras de Oxígeno y Cinturones de Seguridad. Es importante que presten atención: Observen que hay "4" puertas de salida, Cada una de ellas está señalizada con la palabra SALIDA. En el lateral inferior de las butacas hay unas luces que se iluminan en caso de emergencia, marcando las vías de evacuación. Los chalecos salvavidas se encuentran situados debajo de sus asientos. Se introduce la cabeza por la abertura, se abrocha el cierre de la parte delantera y se ajusta a la cintura tirando del extremo. Para inflarlo tire fuertemente del tirador rojo. Siempre en el exterior del avión. En caso necesario puede inflarlo soplando por el tubo. En caso de despresurización, se abrirá automáticamente un compartimento situado encima de sus asientos que contiene las máscaras de oxígeno. En ese caso, tire de la máscara, colóquela

sobre la nariz y la boca y respire con normalidad.

Y lanzado este discurso tomaba un poco de aire y seguía con fuerza hablando y escenificando con los gestos y movimientos habituales: “Cada asiento dispone de un cinturón que se abrocha insertando la trabilla en su enganche correspondiente. Para soltarlo, simplemente levante la lengüeta del enganche. Como medida de precaución adicional, le recomendamos permanezca con el cinturón abrochado durante el vuelo. Muchas gracias por su atención y feliz vuelo”.

Y una vez que lo solté todo de carrerilla me desplomé y me tiré encima de la cama y alargué la mano hacia el bolsillo de mi bata para coger el móvil. Y en mi perfil en FB leí:

No puedo vivir sin ti mi amor

No puedo soñar sin tu corazón

Eres el aire, eres el mar

Eres la estrella de mi azar

R. Fernández

Fonseca lo había colgado en mi perfil y ya había un montón de Me gusta y varios comentarios debajo de muchos amigos deseándome felicidades y uno que comentaba que “esperaba que empezase los cuarenta con buen pie”.

Y por un momento pensé que ni Alfredo ni Marcelo, que el hombre de mi vida era Fonseca, ese hombre cálido y tranquilo que parecía que me adoraba y que no paraba de mandarme mensajes. Y como siempre pulsé Me gusta y escribí: “Tú también eres mi estrella”.

Pruebas

Lunes 7 de mayo, diez de la mañana

Cumplir 40 años no debería tener ninguna importancia. De los 39 a los 40 años realmente no debería haber cambiado nada pero por alguna inexplicable razón el día que te levantas ya con los cuarenta años cumplidos te sientes como si llevaras un ladrillo en la cabeza. Por un lado también te sientes más tranquila al ver que físicamente estás igual y no encuentras más arrugas cuando te acercas al espejo que hace veinticuatro horas.

Pero esa mañana de mayo cuando me levanté con mis 40 años recién cumplidos e intenté tomar mi livanto humeante me dio por pensar qué había hecho con mi vida. Si había sido feliz trabajando como azafata, si había sido feliz renunciando a ser madre por mi carrera profesional, si había sido feliz con Alfredo, si había sido feliz comprando botas de cuero por el Soho. De repente todo se había mezclado, agitado y confundido y mientras me tomaba el café me sentía con ese ladrillo encima de mi cerebro.

Intentando cambiar de actitud como leí un día de autoayuda que recomendaba que cada vez que a uno se le ocurra un pensamiento negativo hay que decir a nuestro cerebro “borrar, borrar, borrar” y escribir en un folio todo aquello que tiene importancia en nuestra vida y que no eliminaríamos nunca. Con este propósito comencé a escribir en un folio mis prioridades: llamar a mi hermana para ver si había logrado mover sus contactos, preguntar a la de personal de la compañía si tenía que darme de alta en el paro y cómo se hacía semejante trámite.

Pensando en ello llamé a Raquel, una morenita muy simpática, que llevaba los temas de personal en la compañía y nunca me había fallado. Era muy eficiente, se sabía todos los cotilleos de la compañía y además resultaba muy divertida en las fiestas de Navidad. En la última por ejemplo se había subido encima de una mesa y había empezado a cantar ‘Asturias patria querida’ a voz en grito, sin importarle que estuviese allí la plana mayor de la compañía: el presidente, el director de personal, todos los pilotos... Luego en el baño con un trozo de papel higiénico en la mano con el que se sonaba los mocos y las lágrimas sin parar me contó que echaba mucho de menos su tierra y que las navidades eran para ella muy tristes porque se tenía que quedar en Madrid. Un ejemplar único.

—Sí dígame. Departamento de Personal. Al habla Raquel Sánchez —contestó como una autómatas o como el piloto de un vuelo transoceánico.

—Hola Raquel soy Mónica, una azafata de la compañía... ¿No sé si te acordarás de mí?

—le pregunté con timidez.

—Mónica, Mónica, Mónica... Tenemos doce Mónicas en la compañía, ¿no podrías precisar un poquito más? —contestó un poco irónica.

—Mónica García, que hacía la ruta Madrid-Nueva York-Philadelphia-Washington-Nueva York-Madrid con el comandante Alfredo Pérez —contesté para situarla.

—Anda la pretty woman. No te lo tomes a mal aquí ya sabes que todos te llamamos así con cariño. ¡Cómo me alegro de saber algo de ti! —me contestó con un tono que parecía estudiado.

No sé porqué lo de la Pretty woman me pareció que lo decía con un poco de recochineo porque nadie se había atrevido a decírmelo a la cara cuando estaba en la compañía.

Ante mi silencio siguió hablando.

—Y ¿cómo andas mujer? Ya me he enterado de lo de la tele, de la mujer de Alfredo allí chillando como las locas. Ha sido lo más comentado esta semana en la compañía —me soltó sin preguntarme nada más.

—Si me lo han contado —dije sin añadir nada más.

—Menos mal hija que tú lo dejaste con Alfredo porque sino menudo papelón...—comentó como para tirarme de la lengua.

—Gracias, lo pasé muy mal al principio pero ya casi lo he superado... —contesté intentando quitarle importancia.

—Bueno, bueno que ya veo que no quieres hablar del tema... ¿Y en qué te puedo ayudar mujer? —me respondió otra vez con la voz autómatas pensando que no le iba a contar nada más.

—Pues mira es que no sé si te acordarás pero hace una semana más o menos me despidieron con el ERE ese y claro yo me preguntaba si vosotros directamente arreglabais lo del paro como lo de la indemnización o si me tengo que encargar yo —pregunté con timidez.

—Mujer como se nota que nunca has estado en el paro... Eso lo tiene que hacer cada uno, ir a la oficina, coger número, esperar la cola... —fue comentando como si hablase para una persona tonta, limitada, poco despierta.

—Ya, ya perdona por la pregunta. Ya me enteraré yo en la oficina del paro como se arreglan los papeles. Otra cosa Raquel, ¿tú no sabrás también si la compañía podría readmitirme después del ERE o si hay puestos vacantes? La verdad es que no sé dónde buscar trabajo en lo mío... —pregunté con timidez.

—La verdad es que lo tienes difícil. Me temo que en las condiciones del ERE que firmaste ponía bien clarito que no podías volver a ser contratada por la compañía ni ninguna de sus filiales al menos en tres años y nosotros no creo que saquemos ningún puesto nuevo como poco hasta dentro de tres años cuando pase todo esto de la crisis y la compañía vuelva a remontar el vuelo —me respondió como una automática.

—Vaya pues no tenía ni idea de lo de las condiciones del ERE...— le dije sorprendida.

—Ya, ya todas igual. No leéis nada ese día y lo firmáis todo el despido, la indemnización..., sin mirarlo como si fuese un comprobante de una compra en el Corte Inglés—, y luego vienen las lagrimitas, los lloros, los “yo no lo sabía Raquel”... —dijo un tanto sarcástica. Me quedé otra vez en silencio pensando si esta chica tenía algo contra mía y por un instante se me pasó por la cabeza que a lo mejor era otra de las conquistas de Alfredo y que me la tenía jurada.

—De todas maneras como somos amigas desde hace tantos años – y mientras me lo decía bajó la voz—. Te voy a dar un consejo: cambia de sector. Todos los días un avión tiene problemas: aterrizajes de emergencia por falta de combustible o alguna avería, compañías low cost que proliferan como setas... No sabes la de incidentes que no llegan a las portadas de los periódicos. Si hasta tenemos un piloto al que hemos tenido que dar la baja porque está convencido de que ha visto un ovni... Yo que tú me olvidaba de esto y comenzaba a

reciclarme.

—Muchas gracias Raquel por todo lo que me has contado, de verdad —le agradecí de corazón pero un poco escamada por su ironía.

—Nada, nada para eso estamos las amigas. Pásate algún día, nos bajamos a tomar un café y me cuentas qué tal te va. Tú y yo tenemos que cotillear lo de Alfredo que hay para toda una telenovela. Entre nosotras, —y bajó un poco la voz para que nadie la oyese—, me han dicho que ahora está ya con otra azafata, una patas largas de veinticinco que se llama Rosaura o algo así.

—Sí, sí ya me he enterado —le contesté disimulando mi sorpresa—. Claro que después de que Nadia le dejase plantado tendrá que buscar nuevos horizontes.

—¿Qué dices? ¡Qué Nadia ni bicho muerto! Tenemos que quedar porque no te has enterado: ha sido él el que le ha dicho que todo le parecía demasiado complicado y eso que ella ya había alquilado un apartamento muy mono para que se fueran a vivir juntos a temporadas cuando no tuviera a los niños. Nadia es íntima de mi hermana Julia que trabaja en Administración. Lo sé de buena tinta —me contó bajando cada vez la voz un poquito más.

—Vaya pues me dejas perpleja porque yo creía que era ella la que había cortado la relación — le respondí sincera.

—Que va, que va. Si a la que nunca deja es a su mujer, no ves que su suegro es uno de los socios de la compañía. Él sabe que como le dé otro disgusto acaba en la calle... En los veinte años que llevo en la compañía he anotado en total 37 aventuras con azafatas y 12 con personal de los diferentes departamentos... Secretarias, azafatas de tierra, dos camareras pero sobretodo azafatas... No tiene remedio. —contestó muy segura de sus palabras—. Pásate un día a tomarte un café y te lo cuento todo.

—Muchas gracias Raquel por todo. Y sí un día me pasaré y me lo cuentas todo con pelos y señales que nos vamos a reír un rato tú y yo —le respondí agradecida y con ganas de que me contase más sobre la vida de Alfredo y sus conquistas.

Cuando colgué me temblaban las manos. ¿Habría sido Raquel otra de las conquistas de Alfredo? En ese momento me sentí como la mujer más tonta del mundo o por lo menos de la

compañía. ¿Cómo no me había enterado de que llevaba veinte años liado con todas? Y además me entero que me ha mentido y que no le había dejado Nadia. No, todo lo contrario había sido él, el muy cretino, y ya andaba intentando enredar a una veinteañera. Menudo culebrón...

Y lo peor es que mi situación era tremenda, difícil. No me podían contratar en nada menos que tres años, por las cláusulas del ERE que había firmado y no habría ningún puesto en la compañía hasta dentro de tres años. Y yo había firmado uno tras otro todos esos papeles sin mirarlos ni leerlos, como una panoli. Tenía razón Raquel como si fuese el pago de unas compras en el Corte Inglés. Pero yo estaba muy segura: los firmé pero porque había llamado a Alfredo desde el baño del pasillo y me había explicado que era lo mejor para mí, que la indemnización sería buena, que no me preocupase de nada. Pero claro es que Alfredo formaba parte de la compañía: su mujer y su familia eran los dueños.

Entonces una lucecita se me encendió en el cerebro ¿y si Alfredo quería deshacerse de mí desde hace tiempo porque ya estaba liado con Nadia y yo no era más que un obstáculo para que ellos dos diesen rienda suelta a su pasión en Nueva York?

Comencé a dar vueltas por la habitación nerviosa y me di cuenta de que había sido una ingenua, una tonta, una simple... Vamos que me daba golpes a mí misma contra la pared en ese momento. Vamos que seguro que Alfredo sabía a cuáles azafatas iban a echar desde varios meses, Alfredo estaba dentro de lo más alto de la compañía... Y no hizo nada, no me lo advirtió en ningún momento... Incluso a lo mejor decidió que se quedase Nadia en vez de yo. Lo que no entendía era el numerito del otro día diciéndome que me podían volver a contratar cuando debido al ERE que había firmado no podrían hacerlo al menos en tres años. También es cierto que me dijo que no creía que pudiese ser inmediatamente. Estaba claro que quería volver a pillarme, a tenerme en sus manos... aunque fuese contándome películas una tras otra.

Agobiada cogí mi teléfono para ver si me relajaba un poco y miré la pantalla donde tenía en el Facebook otro poema de Fonseca:

Somos estrellas

Tú yo

Los dos, ninguno

Los dos somos estrellas, fugaces

Destinadas a encontrarse en el Universo

Diego Fonseca

Pensé por un momento que Fonseca había escrito ese poema para mí, solo para mí. ¡Qué chico más detallista!

La verdad es que mi vida virtual era al menos mucho más bonita y poética que mi vida real en la que vivían personajes como Alfredo, mi portera o la cínica de la tal Raquel. Y pensé por un minuto en quedar con el tal Fonseca en algún sitio, en un café lleno de plantas, en las escaleras del Palacio de cristal del Retiro, no sé en algún sitio maravilloso.

Dudas

Lunes 7 de mayo, seis de la tarde

Llevaba toda la mañana dando vueltas a la cabeza la conversación con Raquel. Al final la tarde de mi cumpleaños después de tener la conversación con esta chica me había inventado una jaqueca para no quedar con nadie. No habían parado de llamarme: las chicas, mi hermana, las compañeras de la compañía, Adelina Cuesta... Además tenía 4 mensajes perdidos de Marcelo pero no tenía ganas de contestarle. No tenía ganas de hacer nada. Me sentía tan confusa con todo lo que estaba ocurriendo, que no podía contestar ni a Marcelo ni a nadie. Tenía que aclarar todo este embrollo y empezar a vivir una vida normal.

Tras unos minutos de confusión decidí llamar a Alfredo. A la tercera señal la voz de un Alfredo somnoliento contestó al teléfono como si acabase de levantarse de una siesta.

—Hola Alfredo. Soy Mónica.

—Hola cariño. ¿Cómo van esos cuarenta años cumplidos? Como siento no haber podido quedar ayer. Pero no te preocupes que ya lo celebraremos los dos solos. Si es que al final ya ves se lió todo: el niño se había caído del columpio, mi mujer estaba en una reunión en el colegio y yo tuve que llevarle a Urgencias y nos pasamos allí toda la tarde hasta que le vieron. Al final no fue mucho: un esguince y quince días con una venda de esas rígidas. Al ver que yo no contestaba y pensando que debía estar enfadada, siguió hablando para que no le regañase.

—Siento mucho no haber podido estar contigo en este día tan especial. Pero no te preocupes que te iba a llamar esta mañana para invitarte a comer en ese restaurante del centro que tanto te gusta. Pero ya ves, te has adelantado... —contestó con su voz tranquila y aterciopelada.

—Ya mira es que te quería comentar una cosa. Esta mañana he estado hablando con Raquel, la de personal de la compañía y me ha comentado que bueno que en el ERE que firmé se incluía como cláusula que no me pueden volver contratar hasta dentro de tres años como poco —le respondí cortante y escueta.

—Sí, sí. Esta misma mañana he estado hablando con ella a ver como lo arreglamos pero ya me ha dicho que las cosas oficiales están complicadas ahora mismo y que a lo mejor tendríamos que esperar seis meses o incluso un poquito más —me respondió no dándole importancia.

—Bueno también te llamo para comentarte que he conocido a alguien, a un chico estupendo. Joven, guapo, buena persona. Lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Bueno no sé porqué te cuento esto... —y me callé para darle un poco de suspense—. Y bueno que no quiero volver a saber nada de ti. No me llames y no me mandes whatsapps tampoco que es muy cutre. Y por supuesto no me sigas. No quiero volver a saber nada de ti. He perdido contigo tres años de mi vida y quiero volver a recuperarla — le solté muy tajante.

—Pero Mónica como me dices esto. ¡Qué disgusto madre mía! Ahora que lo tenía todo pensado para dejar a mi mujer y que viviésemos juntos por fin —me explicó con voz de disgusto.

—Alfredo he sido la azafata número veintiséis de la compañía que se ha liado contigo. He perdido contigo tres años de mi vida y quiero volver a recuperarla.

Y repetida esta estupenda frase colgué el teléfono con tal fuerza que casi lo rompo y curiosamente no me entraron ganas de llorar, sino de reír y comencé a reírme sola sentada en mi sillón como una loca, como si me hubiese quitado un peso de encima, como si de repente el ladrillo hubiese desaparecido y notase un gran alivio encima de la cabeza.

Y comencé a pensar en Marcelo, en cómo se portó conmigo el día de la cena, en su sonrisa, en esa noche loca... Pero al rato me di cuenta de que necesitaba tiempo, que no podía enredarme en otra relación por prometedora que fuese, ahora que por fin había logrado librarme de mi dependencia de Alfredo. Y que aunque Marcelo era maravilloso, un sueño hecho realidad, necesitaba volver a encontrarme a mí misma poco a poco y volver a ser la Mónica soñadora y solitaria que quería cambiar el mundo y no la persona egoísta en la que me había convertido en los últimos años. Y eso lo tendría que hacer yo sola, sin Marcelo. Y triste pero segura le llamé y le conté que no podía seguir ahora con esta relación, que necesitaba tiempo para pensar y para encontrarme a mí misma después de todo lo que me había ocurrido en las últimas semanas. Y él tan increíble como siempre solo me dijo una frase: “Te esperaré siempre, Mónica”.

Cuando colgué sentí como si de repente tuviese un agujero en el cuerpo y por un momento me sentí sola muy sola, terriblemente sola. Pero al rato decidí ponerme mis vaqueros desgastados, las zapatillas de deporte esas que no había estrenado nunca y una camiseta amarilla. Y armada con mi mp4 cargado con la canción 'Gira el mundo gira' cantada por el grupo Efecto mariposa salí a la calle a descubrir con nuevos ojos mi ciudad, mi Madrid, mi mundo.

Coincidencias

Lunes, 16 de julio, doce de la mañana

La mañana curiosamente había amanecido fresquita en pleno mes de julio. Salí al balcón y observé durante dos minutos la calle. Señoras cargando el carrito de la compra, señores que corrían por la acera, un joven que miraba la pantalla del móvil mientras caminaba y casi se da con una farola. Gente que camina, gente que trabaja, gente que vive. Volví para dentro de la casa un poco congelada y rebusqué en el armario para encontrar una rebeca de punto. No una cazadora vaquera, ni una chaqueta de paño. De repente había sentido unas ganas tremendas de ponerme una chaqueta de punto como las que llevaba todas las mañanas al colegio encima del polo blanco del uniforme.

Hoy era lunes y siempre había odiado los lunes pero después de dos meses mi mundo había cambiado por fin. Una pequeña compañía aérea irlandesa que estaba comenzando y cuyo jefe era el amigo ese de mi hermana que le debía un favor, me había contratado como azafata para vuelos nacionales. No era nada seguro, no era lo mismo que cruzar el Océano, el contrato era solo de seis meses y nadie sabía si iba a funcionar pero el ambiente era muy bueno y era la oportunidad de haberme volviendo a subir al tren del empleo, bueno al avión del empleo.

Dos meses en los que había estado reflexionando mucho sobre lo que quería hacer o no con mi vida, había dado largos paseos por el Retiro escuchando mi MP4, había visitado a mi hermana y los niños los fines de semana aunque hubiese cocido madrileño, me había cortado un poco el pelo, había donado cincuenta pares de botas a la asociación Calzado sin fronteras, había comenzado a estudiar chino por si en futuro lo necesitaba en alguna compañía aérea y había tomado café la mitad de los días con mi vecina Amparo.

De repente como todos los días que no volaba sonó el timbre a media mañana:

—Hola tía, ¿qué tal andas? —entró como una exhalación Amparo cruzando el salón para sentarse en el sillón—. Ya ves otra vez van y me dicen que soy mayor para el papel en una serie de Teenagers. ¿Tú me ves mayor tía? ¿Si lo clavo como colegiala quinceañera con estas pintas? —y se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación con la falda doblada en la cinturilla dos palmos, un cuaderno de espiral apoyado en el brazo y la mochila colgada del

hombro derecho—.

—Bueno es que yo no puedo ser imparcial porque Amparo: sé la edad que tienes —la contesté sincera.

—Pero si me he hecho hasta un tatuaje y para enseñármelo se levantó un poco la camiseta y a la izquierda del ombligo por encima del pantalón se podía leer clarito 'Forever young'.

Lancé un suspiro asustada, pensando que se arrepentiría de esa absurda decisión toda la vida.

—Ya ves... Allí había actrices de más de treinta ya conocidas de televisión como Mamen López, que está más vista que el tebeo. Ya sabes la que ha salido en Desesperada, La clase de la luz... Series penosas pero encantan a los jóvenes —me comenzó a explicar.

—Pues la verdad es que ya sabes que yo no veo la televisión, solo las noticias y de vez en cuando —contesté para disculparme de mi ignorancia sobre las series juveniles.

—Y lo gordo, no te lo vas a creer tía, es que la han cogido... —me explicó enfadada —.

Para un papel secundario sin importancia pero la han cogido.

—Bueno me imagino que buscan caras conocidas para subir la audiencia y esas cosas... —contesté intentando animarla.

—Ya pero vamos menuda profesionalidad de mierda. ¡Menudo país! Menudos casting de país tercermundista. Mierda de crisis. Voy a tener al final que tirar de enchufes, de los contactos de mi viejo... —soltó de nuevo tocándose la barbilla.

La mesa del salón estaba llena de archivadores, papeles sueltos y libros.

—Y tú barbie peliroja ¿qué haces con tanto papel? ¿Has ido al Rastro? —me preguntó irónica.

—¡Qué graciosa! Estoy ordenando papeles porque no sé quiero llevar al día las facturas, los recibos, los papeles del trabajo... —contesté enseñándole la mesa llena de papeles.

—Bueno, menos mal que vas sentando la cabeza hija— contestó tan tajante como siempre—.

No como yo que voy a volver experta en trabajos temporales: dos meses aquí, dos meses allá. Al final me voy a tener que ir de España. Y yo la verdad no veo en Alemania porque a mí me quitas el sol y me da algo y la verdad no veo cantando en alemán en un musical... Mierda de crisis. Me pongo de los nervios cuando lo pienso —prosiguió Amparo—. Tú cambia, recíclate si quieres, ordena tus papeles pero bueno que no se pierdan las buenas costumbres en esta casa y no falte nunca ese café.

Al vuelo pillé la indirecta de Amparo y salí dirección a la cocina tranquilamente. Allí le preparé uno de los cafés de temporada y ya en el salón le serví en la bandeja naranja de mi nueva compañía 'Aire nuestro' un café humeante y un trozo de bizcocho casero receta de mi abuela en una bandeja con una cucharilla, un azucarillo, sacarina, (a veces Amparo elegía una cosa u otra nunca acertaba) y el ejemplar número uno de la revista de mi nueva compañía doblada en la esquina.

—De lujo tía, de lujo. —me sonrió mientras cogía rápidamente un trozo de bizcocho y le pegaba un mordisco—. Cambiando de tema tía, ¿qué tal con Diego Fonseca? —me preguntó de repente sin venir a cuento.

—Pues no tengo ni idea la verdad porque llevo dos meses sin meterme en ese invento... Le cogí un poco de miedo cuando me contaste lo chungo que era la tal Loli Pérez — le expliqué como disculpándome.

—Últimamente la verdad es que está muy calladito este Fonseca — contestó como si estuviese pensando—. Pero no te preocupes, sé de buena tinta que Loli Pérez encontró pareja —me comentó en plan confidencial.

—No me lo puedo creer —levanté la mirada de los papeles sorprendida.

—Pues sí. Lo sé de buena tinta. Me lo ha contado una que siempre viene a los castings conmigo y se entera de todo. Es un poco chismosa pero buena gente en el fondo. Y no te lo vas a creer: la pareja de Loli Pérez es una mujer —me contó divertida.

—Vaya pues anda que no ha tardado en darse cuenta —contesté extrañada.

—Sí y han decidido irse a vivir a una isla de las Baleares. Cabrera creo que se llama o algo así. Una de esas islas pequeñas en medio del mar en las que todo es muy hippy y muy

naturista. Un paraíso natural me dijo mi amiga de los castings. Ya ves... Las locuras que hace la gente por amor... —dijo gritando un poco.

—Pues sí supongo, no lo sé —contesté sin saber qué decir—. Esta mujer parecía con ganas de pasar otra mañana en el sofá de mi casa. Vamos que no tenía ninguna prisa. Últimamente pasaba más tiempo en mi casa que en la suya.

—Cambiando de tema, ayer vino Marcelo y estuvimos en casa tomando algo – me soltó de repente para ver mi reacción.

Yo no levanté la cabeza de los papeles pero ella se me acercó sin rendirse.

—Está destrozado, hija. No sé que le has hecho... Si es que eres una depredadora de libro. Con lo alegre que ha sido siempre este chico. No he conseguido que vuelva ningún día al semáforo de la plaza Castilla. ¡Con lo bien que nos lo pasábamos juntos! Él en su monociclo y yo con mis pelotas de colores. Ganar ganábamos poco pero nos reíamos un montón... — me fue explicando con calma.

Yo la escuchaba callada. Sin decir nada.

—Y ya ves, me dice ayer que a lo mejor se vuelve a Buenos Aires, porque no puede soportar pasar delante del balcón de tu casa y no verte. Y si esto sigue así pondrá mar por en medio, que allí tiene a su familia, trabajo seguro en el negocio familiar, sus amigos —me explicó.

Sentí por un momento que me ahogaba, como me ocurría tantas veces hace dos meses y que las palabras no salían de mis labios. Intenté inspirar y expirar, inspirar y expirar. ¡Cómo se iba a ir a Argentina! ¡Cómo me iba a dejar aquí sola en Madrid!

—Yo le he dicho que no se puede ir así, que tiene que luchar por ti, que si te quiere te lo demuestre... Que se lo juegue todo a una última carta —soltó de repente.

Miré a Amparo perpleja y en ese momento se encendió el piloto de luz de mi móvil: un mensaje en mi muro del Facebook.

Fonseca me había colgado un vídeo de Youtube en blanco y negro de 'El día que me quieras' cantado por Gardel y debajo me había copiado la letra de la canción:

Acaricia mi ensueño el suave murmullo

De tu suspirar...

Y entonces empecé a atar cabos y me fijé en que Diego Fonseca había nacido en Buenos Aires como ponía en su perfil y pensé que era una casualidad imposible que Marcelo y Diego Fonseca hubiesen nacido en la misma ciudad y que sus vidas hubiesen chocado al mismo tiempo con la mía. No podía ser una casualidad sin más.

Y de repente como si de magia se tratase esa canción se oía a través de las ventanas de mi balcón abierto de par en par.

Como un resorte me levanté del sillón seguida por Amparo y fui hacia la ventana y allí debajo de mi balcón estaba Marcelo con el coche aparcado en doble fila con la música a todo trapo.

Y al verme en el balcón me hizo una señal con la mano y comenzó a cantar el tango.

Por un momento me hubiera gustado que subiera por la escalera de incendios, pero la finca no tenía por lo que le miré y sin pensarlo salí corriendo de casa seguida por Amparo.

Recorrí los pasillos corriendo y al llegar al descansillo me paré en la escalera. Allí estaba Marcelo apoyado en la puerta del portal con una rosa amarilla en la mano. Al lado como siempre la portera y su escoba que nos miraba con los brazos en jarras.

—Buenas tardes princesa, te he echado de menos —fue lo único que pronunció Marcelo y luego me alargó la rosa.

Y yo me acerqué a él muy segura y cogí con una mano la rosa y con la otra le coloqué su mechón de pelo hacia atrás.

—Te estaba esperando — le dije.

Y me fui acercando a su cuerpo lentamente hasta que nos besamos y el mundo comenzó a dar vueltas alrededor nuestro. A lo lejos oíamos los ecos del mundo: las bocinas de los coches, las palmadas de Amparo emocionada, los chillidos de la portera exigiendo a Marcelo que dejase de montar un numerito en el portal que por este lugar pasaban niños, las sirenas de las ambulancias que subían hacia la Plaza Castilla.

Nota de la autora

Gracias a todos los que me habéis ayudado durante este año a escribir este libro con vuestras palabras, silencios, comentarios y mensajes. A todos los que me habéis inspirado esta novela sin saberlo y que me habéis ayudado a crear unos personajes como Mónica y Marcelo. Gracias especiales a Andrés por su paciencia y consejos, a mi hermana Gemma por su apoyo constante, a Chari por estar siempre en lo bueno y en lo malo, a Rebeca por sus palabras e ilusión y a Carmen Mayoral por animarme a seguir escribiendo esta historia. Un libro Bajo tus alas cuya trama es totalmente fruto de mi imaginación y cuyos protagonistas no se corresponden con personajes de la vida real sino que se trata de una ficción.

Bajo mis alas solo pretende hacer sonreír a los lectores y contar una historia desde la cuerda del trapecio de la vida real y de la de esa nueva vida que se abre ante todos los lectores de nuestro tiempo, la llamada vida virtual. Un universo nuevo que se abre en cada comentario, poesía, fotografía o cada Me gusta que colgamos de nuestros muros del Facebook y en cada tweet o RT que escribimos sin darle importancia alguna. Una nueva vida que tenemos la suerte de haber inaugurado nosotros, los lectores de esta novela y que nos abre nuevos caminos pero también nos conduce a riesgos constantes.

Gracias también a todos los que estáis leyendo este libro. Pronto comenzaré a escribir la segunda parte de esta serie Perdida en el aire.

La autora

Carmen Fernández Etreros (Madrid, 1969), es licenciada en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid.

Como redactora ha trabajado en diversos medios de comunicación como el diario ABC e Informativos Telecinco. Y ha colaborado con sus artículos y críticas en numerosas revistas como Gaceta Complutense, Actualidad Económica, Primeras noticias de literatura infantil y juvenil, la revista Babar, Culturamas, Pizca de papel y TopCultural. En la actualidad coordina las revistas online TopCultural y el blog dedicado a la literatura infantil y juvenil.

Escritora de cuentos y relatos cortos, ha publicado la novela corta Mariposas de colores.

También ha trabajado como profesora de Lenguaje audiovisual en Secundaria y Ciclos Formativos, y como profesora de cursos de Redacción periodística y Comunicación Cultural en los cursos de TSEDI, Culturamas y la Fundación Adolfo Domínguez.

www.carmenfernandezetreros.com
